

F A S C I S M O D E A Y E R Y D E H O Y

LA LUCHA DEL PUEBLO CHILENO

Y

LAS EXPERIENCIAS DE UNIDAD ANTIFASCISTA Y RESTAURACION  
DEMOCRATICA EN EUROPA

Lelio Basso (Italia) - Max Diamant (RFA) - Eduard Groeneveld (Holanda)  
Alfonso Guerra (España) - Daniel Mayer (Francia)

con

Ariel Dorfman - Dennis Burnett - Jorge Arrate - Clodomiro Almeyda -  
Carlos Fortín - Máximo Lira - Aníbal Palma - Otto Boye

Para el Lic.  
Luis Echeverría con  
todo el afecto y estimación  
del Instituto para el Nuevo  
Chile, al cual él tanto ha  
contribuido.  
J. J. A. [Signature]  
Rotterdam, 22 de Octubre de 1980

Desde la creación del Instituto para el Nuevo Chile, en octubre de 1977, éste ha destinado una parte importante de su actividad a la reflexión teórica y a la confrontación empírica sobre la dura lucha del pueblo chileno bajo las condiciones del fascismo y la estrategia para el restablecimiento de la democracia y del Estado de Derecho. En ese marco, adquiere un interés especial la experiencia de otros países, que afrontaron y superaron los problemas de la restauración democrática, luego de resistir la dictadura, por vías y con resultados necesariamente variados. De ahí que el Instituto concibiera una reunión destinada a analizar los problemas de la unidad antifascista y los que suscitará el período postfascista en Chile, a la luz de la experiencia europea.

Tales experiencias difieren, en la medida en que el fascismo se impuso en algunos países apoyado en fuerzas internas, mientras que en otros fue establecido mediante fuerzas exteriores, con o sin ocupación militar directa. Pero en todas ellas hay algunos rasgos comunes y en todas ellas se plantearon arduas tareas a los sectores democráticos, cuyo contenido no es ajeno al que tiene en mira el movimiento popular chileno.

La mesa redonda que tuvo lugar en Rotterdam, los días 22, 23 y 24 de junio de 1978, parte de cuyos materiales han dado origen al presente libro, fue organizada por el Instituto para confrontar experiencias y no para adoptar conclusiones. No fue un foro de todos los partidos políticos no de todas las gamas del pensamiento antifascista. Los concurrentes fueron invitados a título personal, lo que no obsta a su significativa representatividad. Las personalidades europeas, todas vinculadas directamente con la resistencia antifascista y el restablecimiento de la democracia en sus países, pertenecen asimismo, en su mayoría, a partidos socialistas o socialdemócratas, en que ocuparon u ocupan funciones dirigentes. Las personalidades chilenas, de la Unidad Popular y de la Democracia Cristiana, son todos militantes de la unidad antifascista en desarrollo.

Razones técnicas impidieron la reproducción completa de los trabajos de esa importante reunión, lo que ha determinado que el presente texto incluya sólo las intervenciones de algunos de los asistentes y, en la mayoría de los casos, sólo parcialmente. No obstante ello, se trata de un material valioso, recogido directamente de las cintas magnetofónicas y transcrito, con leves correcciones rutinarias, de estilo, procurando conservar el tono espontáneo de la improvisación.

El debate mostró que era una separación artificial la que se había pensado, inicialmente, entre los temas concernientes a la unidad antifascista y los que respectan al período postfascista. Por la misma razón, se vuelve inadecuada y puramente formal toda descomposición de las intervenciones para reunir las por temas. Hemos preferido, por ende, mantener la unidad de los textos y presentarlos con una simple separación, por autores, lo que determina un cierto contrapunto en las ideas, que suelen irse alternando, pero sin dañar la unidad del conjunto.

Las experiencias fascistas: límites de la comparación

Convengo en que existen numerosos fenómenos parecidos entre la forma clásica de fascismo y algunas dictaduras en Latinoamérica. Por ello es legítima la confrontación de nuestras experiencias. Con todo, cuando se hace una comparación como ésta, hay que tener presente siempre el nivel de abstracción en que se aborda el asunto. Así, en un cierto nivel de abstracción encontramos que es la misma cosa. Si elevamos la abstracción al máximo, hay solamente una forma de dictadura. Si descendemos un poco más a la realidad, encontramos que hay cosas parecidas, incluso comunes, que se pueden comparar. Pero hay también diferencias que tomar en cuenta. Estas deben ser señaladas, porque el razonamiento puede ser influenciado en la concepción de la estrategia política, si no se consideran las diferencias profundas entre el régimen fascista, italiano o alemán, y las dictaduras militares de hoy.

En rigor, el capitalismo es incompatible con una democracia real. No hablo de democracia socialista, siquiera de democracia social. Eso el capitalismo no puede permitirlo. El capitalismo no puede permitir que la situación económica, política y social sea decidida según el arbitrio electoral. El capitalismo no puede admitir que la gente pueda votar contra el capitalismo, contra el sistema. El sistema debe estar seguro de que no será sustituido por las elecciones, esto es, puede haber sufragio universal, pero únicamente cuando esté creada toda una serie de mecanismos sociales, económicos, psicológicos, culturales, que garanticen un cierto resultado de las elecciones. En este ámbito debe considerarse la integración del movimiento obrero, de suerte que si es la socialdemocracia la que gana o si ganan los partidos conservadores, nada cambia en el sistema. Puede cambiar alguna cosa en el interior del sistema, pero el sistema mismo no cambia. En los países donde la socialdemocracia está en el poder el sistema no ha estado jamás en discusión. Una vez que el capitalismo ha creado ese fenómeno de integración general al sistema, en que todo el mundo lo acepta, genera una serie de mecanismos que lo reproducen, incluso más allá de la voluntad de los hombres. Hasta puede hacer el capitalismo alguna concesión democrática, pero basta que empiece una situación de crisis, de recesión, algunas dificultades, para que emerjan los rasgos autoritarios. La articulación interior debe funcionar a la perfección, porque si alguna cosa no funciona puede determinarse la crisis general. Se requiere una sociedad perfectamente estructurada, en la que todas las piezas marchen a la perfección, de manera que cualquier forma de oposición llegue a ser imposible. Es bastante expresivo el Berufsverbot en la R.F.A. Es un anuncio de alguna cosa más grave que vendrá. Nosotros tenemos en Italia no pocos fenómenos parecidos. El sistema no tolera las formas de disensión, de opinión contraria. El capitalismo en su desarrollo lleva consigo el desarrollo de formas de autoritarismo y, por consiguiente, de formas antidemocráticas.

El golpe de Estado en Chile corresponde pues a la lógica del sistema. Pero ella debe ser referida, como en general en las dictaduras latinoamericanas, a la lógica de los intereses de potencias extranjeras. Ha sido la intervención activa del imperialismo norteamericano la que ha ayudado a la toma del poder por esas dictaduras y a su mantenimiento. Se trata de asegurar la instalación en el poder de una política que obedezca a los intereses fundamentales del imperialismo norteamericano.

He aquí una primera diferencia con el fascismo alemán e italiano. Estos no fueron producto de una intervención extranjera. En estos casos la dictadura perseguía siempre una política de defensa de los intereses de su propio capitalismo nacional. Fue un fenómeno, desgraciadamente, italiano y alemán en su caso. Era una época en que todavía podía reconocerse la base nacional del capitalismo. La base estatal del capitalismo era más fuerte que ahora, en que existe una economía mundial que antes no existía y a la que nos ha llevado el desarrollo económico. En este sentido, pienso que el fascismo italiano y el fascismo alemán, tal como surgieron en su época, no pueden resurgir. Eso es algo que la historia ha dejado atrás. A la época del fascismo alemán e italiano había economías nacionales y, por cierto, relaciones entre nación y nación, pero no había una economía mundial.

Creo que yo mismo soy uno de los primeros que ha escrito en forma sistemática sobre una economía mundial, asunto que no se encuentra en la obra de Lenin ni de Rosa Luxemburgo, que estudiaron con profundidad el imperialismo. Hoy existe este importantísimo fenómeno, diferente de la suma de las economías nacionales.

Hoy existen las agencias de la economía mundial, los bancos mundiales y otras instituciones gigantescas. Sobre todo, en el plano mundial, está el imperio de las sociedades multinacionales, que en la época no existían. Por ende, hoy solamente en función de ese fenómeno es que puede surgir el fascismo. No creo que haya ya países con verdadera independencia. Es el fenómeno mundial el que determina los acontecimientos, incluso políticos. Es imposible pensar hoy en un país que libremente haga lo que quiera, ni siquiera las grandes potencias. Por ejemplo, si se piensa en planificar, ello no es posible si se considera el poder de decisión de las multinacionales. Ahora bien, este fenómeno de la economía mundial, con todas sus consecuencias, determina una situación nueva, en el plano de los diferentes países, y es en relación con esta situación nueva que hay que estudiar los fenómenos políticos, incluido el fascismo. La subordinación del fascismo alemán o italiano a un tal fenómeno no existió en su tiempo. Si se piensa, por ejemplo, en el fascismo italiano, hay que tener presente que la dictadura estaba de tal modo ligada con la economía italiana, con el capitalismo nacional, que llegamos incluso a la autarquía económica. Este es un aspecto de importancia para identificar los rasgos del fascismo contemporáneo.

Pero hay otro aspecto también muy importante. Hay que confesar - aunque nos duela - que el fascismo tenía el consenso de la mayoría del pueblo italiano. No en el momento de la toma del poder. El fascismo tomó el poder por la fuerza, pero sobre todo con el apoyo de la gran industria, de la monarquía y de las fuerzas armadas. Sin embargo, no tenía la mayoría. Pero, si por ejemplo, en 1936 el fascismo hubiera hecho elecciones enteramente libres en Italia, ciertamente las habría ganado, sin ninguna posibilidad de discusión. 1936 es el año de la conquista de Etiopía y el Rey de Italia es proclamado Emperador. Se desafía a la Sociedad de las Naciones. Había una verdadera ola de nacionalismo en Italia y el fascismo tenía verdaderamente la mayoría. Es preciso agregar que esta mayoría había sido favorecida por la Iglesia. En 1929 el fascismo italiano concluye el Concordato con el Vaticano por el cual ha cedido a perpetuidad prerrogativas de Estado a la Iglesia. Era un Concordato que humillaba al Estado. Pero Mussolini tenía necesidad de obtener el apoyo de la Iglesia en el campo. Lo tuvo. Todos los curas, todos los clérigos, los obispos, rezaban en las Iglesias en favor del fascismo y de Mussolini. De manera que había una mayoría real.

Pienso que el problema de luchar contra un régimen que tenía la mayoría y la opinión pública a su lado era mucho más difícil que el que plantea la lucha contra las dictaduras militares. Yo me pregunto qué habría pasado si no hubiera existido la guerra mundial que condujo a la destrucción del fascismo, cómo habríamos salido de esa situación. Véase lo acontecido en España. Fue necesaria la muerte de Franco para llegar al fin y eso a pesar de la presión internacional.

Tengo la impresión que el abuso de la palabra fascismo crea confusiones, si se pierden de vista las características de lo que fue históricamente. Si se discute y se hace comparaciones, a propósito de las dictaduras latino-americanas, no pueden perderse de vista las diferencias profundas entre el primer régimen fascista - italiano o alemán - y las dictaduras militares de hoy.

#### La unidad antifascista

La política de unidad nacional en Italia contra el fascismo comenzó, en rigor, durante la guerra mundial. Antes de la guerra jugó un papel particularmente negativo la división de partidos. Así, no se discute que hubo un cambio en la actitud de los comunistas antes y después del séptimo congreso de la III Internacional, en 1935. En los primeros años, el sectarismo hacía imposible la colaboración. La definición de los socialistas como social-fascistas, aunque no se decía públicamente - porque no había reuniones públicas - se hacía presente incluso en las mismas cárceles del fascismo, donde comunistas y socialistas compartían la prisión. Después del séptimo Congreso de la III Internacional las cosas cambiaron. Los partidos comunistas comenzaron una política de aproximación a los socialistas y se llegó a estipular en el exilio - porque en el interior de Italia la organización del partido socialista era muy débil - un pacto de unidad de acción. Este pacto, al que no era ajeno la experiencia francesa de 1934, se acordó en Francia entre los dos partidos, aunque en el plano nacional no hubo avances sino durante la guerra, particularmente a partir de junio de 1941. Los comunistas lanzaron la palabra de orden "unidad antifascista, unidad nacional".

Hacia 1942, cuando comenzó a vislumbrarse la posibilidad de una victoria aliada y una derrota alemana, se inició el trabajo de reconstitución de los partidos italianos, disueltos por el fascismo en 1925-1926, de una manera regular. Se vió resurgir al partido socialista y a otros partidos. El partido comunista había siempre tenido una cierta existencia clandestina. El partido socialista también aunque no de manera estructurada. A partir de 1942 los partidos van conformando una cierta estructura: la democracia cristiana, el partido socialista, el partido comunista, los antiguos partidos. También algunos partidos nuevos (había un partido, por ejemplo, que se llamo "democracia del trabajo"). Se comenzó, asimismo, a tomar acuerdos. Algunos de nosotros fuimos elementos de ligazón entre los diferentes partidos. Personalmente trabajé en dos regiones en actividades de coordinación de los grandes partidos, antes del fin provisorio del fascismo. Cuando el 25 de julio de 1943 el Rey arrestó a Mussolini y fue designado Primer Ministro el Mariscal Badoglio, hubo un poco de libertad para el trabajo político. Hicimos una reunión en Milán de los diferentes partidos y formulamos el primer manifiesto a la nación.

Sin embargo, no estábamos todos completamente de acuerdo. Ahora que miro a la distancia, después de más de treinta y cinco años, sigo convencido de que tuve razón en el modo como afronté este problema, de manera diversa al enfoque de otros compañeros. Creo, en efecto, que la manera como fue encarada la política de unidad nacional en Italia fue la causa de muchas consecuencias negativas que hemos debido sufrir ulteriormente y que perviven en la situación italiana de hoy. Pienso que esa política nos ha causado muchos daños y trajo consigo consecuencias negativas. Yo estuve, entonces, como tantas otras veces en la vida política de mi país, en posición minoritaria en la vida política italiana y dentro de mi propio partido. Con Giorgio Améndola, del partido comunista, hemos discutido desde hace treinta y cinco años este problema y seguimos polemizando públicamente en los diarios y revistas.

¿Cuál era mi opinión y cuál era, por el contrario, la opinión de los dirigentes de los partidos, comprendido el mío, el partido socialista?

Mi opinión era la siguiente: es evidente que para combatir al fascismo con las armas en la mano nosotros debíamos admitir como aliados a todos los que estaban dispuestos a ello. Que fueran burgueses o camaradas, republicanos o monarquistas, católicos o no católicos, en la tarea inmediata de la lucha armada contra el fascismo, para ganar la guerra, debíamos estar absolutamente dispuestos a desterrar todo germen o manifestación de sectarismo. Pero yo añadía: al mismo tiempo que nosotros combatimos contra el fascismo se prepara la Italia de mañana, del porvenir; no hay una división neta en la historia que autorice a decir que hasta un cierto punto nos ocupamos de la guerra y después se verá lo que suceda en el país. Cada partido prepara desde el presente lo que quiere obtener en el futuro, la estructura del gobierno que vendrá, el modo de afrontar los problemas económicos y sociales en la construcción de la Italia futura. Esto significa que siempre el mañana está comprendido en el hoy. Nosotros trabajamos por el futuro y no podemos ignorar eso. Y no podemos ignorar que los partidos respecto de los cuales nosotros somos y debemos ser aliados, en la lucha contra el fascismo, serán nuestros adversarios a partir del día en que el fascismo será abatido, sobre todo la democracia cristiana, que estaba evidentemente destinada a ser el primer partido de Italia. No podemos ignorar, pues, todo esto. Debemos prepararnos, sin dañar nuestra relación de hoy. Debemos trabajar por una Italia que no deberá estar al servicio del sistema capitalista. Era evidente que con la ocupación angloamericana no era pensable una revolución socialista, pero entre una Italia socialista y la conservación de Italia tal como había sido antes existía una gran diferencia de matiz, de posibilidades para nuestra acción. Como era evidente que la democracia cristiana, los liberales, en general los partidos burgueses, trabajaban por restablecer en Italia todo el sistema capitalista, todo lo que había de negativo y que había dado lugar al fascismo, nuestra política no podía menos que tomar esto en cuenta.

La actitud de los partidos, del partido comunista, del partido socialista y, en general, de los antifascistas, era la de considerar que todo lo que amenazara a la unidad nacional era peligroso; que cualquiera discusión, cualquiera actitud, cualquiera forma de propaganda que pudiera crear diferencias o disensiones con los otros partidos causaba daño al esfuerzo de guerra y que había que callar sobre todo lo que pudiera dividirnos, para hablar sólo de lo que nos unía.

Si se lee la prensa comunista clandestina en Italia no se encontrará jamás, no una sola vez, que se hable de lucha de clases, por ejemplo; tales menciones no estaban admitidas porque la democracia cristiana no estaba de acuerdo. No sólo no se podía hablar de eso; no podía hablarse de lucha contra el capitalismo; no podía hablarse de reformas sociales. No podía hablarse de nada que no fuera de la guerra, de la unidad contra el fascismo, de la unidad contra el nazismo, de la unidad para echar a los alemanes de Italia, etc. Esta actitud era compartida, en general, por el partido socialista, pese a que en este partido había gente que, como yo, no estaba de acuerdo en este asunto. A la sazón, yo era responsable de las relaciones del partido en la Italia ocupada. Eran relaciones estrictamente clandestinas y, por lo mismo, mis posibilidades en este plano eran limitadas. Pero había una prensa clandestina socialista y, en lo que dependía de mí, se hablaba de esas cosas. En ocasiones los comunistas me atacaban con violencia y, aunque más tarde se esclarecieron nuestras diferencias, permanecemos en posiciones diferentes.

Creamos los Comités de Liberación. Los Comités de Liberación agrupaban a todos los partidos antifascistas - eran seis en esa época - que estaban representados sobre bases paritarias y sobre el principio de la unanimidad. Era tal vez justo. Pero cuando se pasaba de la cima de los Comités de Liberación, de la Dirección de los grandes partidos, a los comités de las usinas se producía un hecho sintomático. ¿Qué ocurría en las fábricas? Es sabido que se habían hecho huelgas muy importantes durante la guerra. En 1943, pero sobre todo en marzo de 1944, organizamos una huelga casi general en Italia del norte y se crearon Comités de Agitación, que eran expresión real de las bases obreras de las fábricas y, verdaderamente, una expresión de la vida democrática. Eran los obreros que se expresaban a través de estos comités. El problema se suscitó cuando se pretendió reemplazar los Comités de Agitación - en que hubo siempre mayoría socialista y comunista - por los Comités de Liberación, en que estaban representados los seis partidos sobre bases paritarias y que procedían por unanimidad. Los representantes del partido liberal y, a menudo, de la democracia cristiana, eran los propietarios de las industrias, los empresarios, y, naturalmente, esos comités se hacían incompatibles con cualquiera agitación democrática. No se podía hacer nada que no fuera la opinión del propietario, del capitalista. Hice notar en una publicación clandestina del partido socialista que este reemplazo, en las fábricas, de los Comités de Agitación por Comités de Liberación paralizaba la actividad de la clase obrera.

La decisión política fue contraria a mi opinión. Por una parte, el partido comunista estaba en condiciones y tenía autoridad de imponer su política porque era el partido más fuerte. Cabe decir, de paso, que en vastas regiones del norte era el partido socialista el más importante, como se reconoció al final de la guerra, cuando se atribuyó la Alcaldía de las ciudades más importantes de Lombardía a los socialistas, incluida Milán. Pero, en todo caso, el partido comunista era el más fuerte en las fábricas y, en general, en el resto de Italia. Además, mi opinión no era compartida por otros camaradas de la Dirección, en el Partido Socialista, incluido Nenni. Ellos compartían el criterio de los comunistas.

En suma, no tuvo eco el esfuerzo que hicimos por lograr que se utilizara este período, siquiera para ayudar a la toma de conciencia de clase de los obreros y prepararlos a comprender que, inmediatamente después de la guerra, se encontrarían en campos diferentes con la gente que entonces eran nuestros aliados, como asimismo, para comenzar a estudiar lo que se iba a hacer después.

De esta manera llegamos al fin del fascismo, el 5 de abril de 1945, en una situación en que no había diferenciación alguna en el interior de la unidad, lo que restaba toda posibilidad a las fuerzas de izquierda. Hacia el final de la lucha, cuando ya estábamos ciertos de que la guerra se terminaría victoriosamente y que saldríamos de la vida ilegal, ensayamos - un cierto número de socialistas, un cierto número de compañeros de un partido que ha desaparecido, que se llamaba Partido de Acción, y un cierto número también de católicos de izquierda - la creación, en el seno de la izquierda de un movimiento que diera vitalidad a una política de izquierda. Los comunistas no quisieron participar, arguyendo que se dividía el antifascismo. Así llegamos al final del fascismo y de la guerra sin ninguna preparación.

Reconozco que no soy el mejor relator de este tema, porque fui protagonista y estoy demasiado ligado por las opiniones que expresé en aquella época. He personalizado, tal vez demasiado. Tal vez no soy objetivo. Pero lo que yo puedo decir de manera objetiva es que hay formas muy diferentes de encarar la política de unidad nacional antifascista. Una posibilidad consiste en no hablar, en suprimir, o en no poner el acento sobre aquello que diferencia a los partidos o no ver que después habrá esas diferencias. Nosotros las vimos y no está demás recordar que nos expulsaron del gobierno dos años después de la guerra. La otra fórmula es admitir que se puede ser al mismo tiempo aliado de los adversarios. Reconocer la posibilidad de una política dialéctica, en la cual se es aliado con otros partidos para finalidades a corto plazo, pero al mismo tiempo se es adversario con vistas a la lucha futura, con plena conciencia de las diferencias que se plantearán. Creo que en la experiencia italiana era ése el principal problema: ver claramente lo que se quiere hacer en el futuro.

Tal vez yo estaba equivocado. Tal vez los comunistas tenían razón. Pero de todas maneras creo que ése es el problema fundamental y que sería un error no verlo. Por cierto se puede analizar el mismo problema para llegar a una conclusión distinta de la mía. Se puede argumentar que aunque tal contradicción dialéctica existe, la estrategia política del momento exige una alianza total sin ninguna divergencia.

Como sea, y ésto no es ajeno a la insuficiente preparación del futuro, el balance de la Italia del posfascismo muestra los efectos negativos de nuestra política de no haber hecho ninguna reforma en ningún terreno. Tenemos todavía los códigos fascistas. Los fascistas habían empleado siete años, desde fines de 1922, cuando tomaron el poder, hasta comienzos del año 1930, para cambiar totalmente la legislación, sobre todo el código penal y el código de procedimiento penal, para convertirlos en instrumentos de represión y violatorios de la Constitución; pasaron treinta años y tenemos los mismos códigos fascistas, con algunos pequeñísimos cambios. Ello trae consecuencias hasta hoy. En los años más duros, cuando la lucha entre la democracia cristiana y la izquierda era más fuerte, en los años 50 y 60, hubo camaradas condenados a penas muy severas sobre la base de códigos fascistas. Antes pudo, ciertamente, haberse abolido o cambiado esa legislación, pero no hicimos nada. Pienso todavía que el daño deriva del principio: nada que pueda dividirnos. Yo no creo en ello.

No quiero, sin embargo, que haya malos entendidos a propósito de mi opinión sobre el problema de las alianzas, si se quiere restablecer el régimen democrático, por una parte; si se quiere el socialismo, por la otra. Pienso

que en la historia no hay fases totalmente separadas unas de otras. No es posible sostener: de aquí a la caída del fascismo combatimos solamente por la democracia parlamentaria; ese día empezaremos a combatir por el socialismo. Eso no es verdad. La historia es una continuidad. Incluso hoy en día, en Chile, la lucha de los socialistas debe ser una lucha por el socialismo. Esto no quiere decir que no deba trabajarse con aliados que no sean socialistas. Hay determinados fines comunes y es posible dar pasos comunes con los demócratas cristianos, por ejemplo. Pero lo cierto es que las vías se separan en un cierto momento y que desde el presente ha de existir un programa para el futuro. Creo que no había ninguna posibilidad de hacer un socialismo en Italia en 1945 ni lo habrá inmediatamente en América Latina. El socialismo no llega de un día para otro. Es un muy largo proceso. Yo lo aprendí de Rosa Luxemburgo. Es un muy largo proceso en que hay que construir cada día un poco. Pienso que, en general, cuando se habla de esta clase de cosas, se olvida que el capitalismo es un sistema, en cuanto tiene una racionalidad interna, lo que Marx llamaba una totalidad. Es decir, que hay en el interior del sistema fuerzas de conservación que actúan independientemente de los hombres. Marx habló, por ejemplo, de la coacción silenciosa de las fuerzas económicas. Hay también la coacción silenciosa de muchos aspectos de la vida: sociales, psicológicos, culturales, etc. Estamos cada día sujetos a esta coacción silenciosa de fuerzas que reproducen cada día el sistema. No debe creerse, como se creyó en Italia que se puede postergar ese problema, que se podrá discutir más tarde. Se pensó en Italia que el asunto sería discutido después de las elecciones, porque se había privado a la Asamblea Constituyente del Poder Legislativo, dotándosela únicamente del carácter de un comité de estudio para redactar la Constitución. El Poder Legislativo había quedado en el gobierno, donde nosotros estábamos aún, ya que la primera Cámara Legislativa fue elegida en 1948. Quedé prácticamente solo para decir que el tiempo trabajaba en contra nuestra, que no podíamos esperar, que el sistema tenía en sí mismo mecanismos que lo restablecerían, que lo reforzarían; que había creado una serie de articulaciones interiores para impedir que se abra la vía al socialismo. Sobre ese punto es necesario llamar la atención. El sistema se reproduce cada día y no se pueden postergar las cosas que deben hacerse hoy. Habrá que vigilar, a la caída de la dictadura en Chile - y confío que existirá la libertad de hacerlo - puesto que no se trata de contemplar lo que los otros hacen para mantener el sistema. Al actuar el sistema como una totalidad, opera con una fuerza interior que reabsorbe las fuerzas centrífugas, ésto es, dando lugar a la integración de la clase obrera en el sistema, lo que Lenin llamaba la aristocracia obrera, pero que en realidad abarca a toda la clase obrera que, mediante los mecanismos del sistema, está integrada sin saberlo. He aquí uno de los problemas fundamentales de la estrategia de la unidad y de la política de alianzas.

#### El asunto de la continuidad o la ruptura

En relación íntima con la previsión de las luchas ulteriores está el problema de la continuidad o de la ruptura en el sentido estatal. En este plano la situación de Italia y Alemania fue enteramente diversa, a lo menos desde el punto de vista jurídico. Respecto de Alemania, hubo lo que los juristas llaman debellatio, o sea, Alemania dejó de ser un Estado. Había la autoridad de la fuerza militar de ocupación, pero el Estado alemán había dejado de existir. Había en suma, una ruptura total. Después, al recrearse el Estado alemán, emerge una pérdida de continuidad. La situación nuestra fue enteramente diferente. No tuvimos la debellatio. El gobierno italiano

siempre permaneci6, reconocido por los aliados, 6sto es, siempre hemos tenido un Estado. Este asunto de la continuidad no es un problema abstracto. Nosotros discutimos durante meses la continuidad o la ruptura porque eso tenia una infinidad de consecuencias sobre el futuro del pa6s. Voy a citar solamente algunos episodios, pero si se hiciera un an6lisis en profundidad se podr6an demostrar cosas mucho m6s importantes. Estos episodios demuestran hasta que punto se puso el acento sobre la continuidad. Por ejemplo, la viuda de Mussolini recibio su jubilaci6n, como viuda de Primer Ministro. Era un Primer Ministro criminal, fascista, fusilado, pero el Estado continuaba. Es m6s, se continuaban ejecutando las resoluciones de los tribunales especiales. El fascismo ya no estaba, pero habia gente que lo habia combatido y habia sido condenada en contumacia, porque se habian escapado. Cuando volvian se les detenia por la condena del tribunal especial. Habia soldados que habian desertado para no servir al fascismo y que habian combatido con los partisanos, que luego fueron detenidos como desertores. Hubo periodistas que examinaron de manera cr6tica el comportamiento del ej6rcito italiano en Grecia y que fueron condenados por ofensas al ej6rcito italiano. Tales son los aspectos rid6culos, pero en el hecho no demasiado rid6culos, sino hasta tr6gicos, de esta mentalidad de continuidad. Hubo una serie de consecuencias en la legislaci6n, en la administraci6n, en la vida del Estado.

Cuando se discutia c6mo llegar a decidir para Italia, si la rep6blica o la monarqu6a, el partido comunista queria que fuera la Asamblea Constituyente la que decidiera esto. La derecha queria el plebiscito, el refer6ndum, porque contaba con la popularidad del Rey y de la Reina. Yo libr6 una lucha en el seno de mi partido del que era vicesecretario en favor de la idea del refer6ndum. Yo desconfiaba de la democracia cristiana como partido. Pensaba que si el asunto era llevado a la Asamblea Constituyente, tal vez la Democracia Cristiana habria votado por la Rep6blica, pero nos habria hecho pagar eso a trav6s de un chantaje continuo. Pero habia, adem6s, otra raz6n: yo consideraba que una decisi6n popular, un refer6ndum en que la mayor6a del pueblo se manifestara por la Rep6blica crear6 ese fundamento de ruptura con el pasado que se requer6a, todo ello en el marco general de la batalla contra el continuismo del sistema. Nuestra posici6n obtuvo la mayor6a de un voto en la Direcci6n de mi partido y cuando el Partido Socialista se manifest6 por el refer6ndum, los comunistas tambi6n lo aceptaron. Tuvimos raz6n en haber querido el refer6ndum, pero en el 6mbito principal del asunto de la ruptura no tuvimos 6xito. Vencimos en el Refer6ndum pero no en la batalla general de la ruptura. Ser6a un error considerar este tema como un asunto jur6dico de poca importancia. El problema ser6a probablemente de un car6cter diferente en Chile, pero tales son las conclusiones que se infieren de la experiencia italiana.

No hubo, pues, ninguna posibilidad de continuidad del Estado nazi para la época postfascista en Alemania, pero sí existió la preservación, para su uso en el día de mañana, de aparatos enteros del antiguo régimen que pasarían a ubicarse en puestos claves. Además de ello, hubo una reconstrucción inmediata de un cierto aparato al servicio de los poderes de ocupación, integrado con gentes de historial limpio en el plano político, que no fueron nazis, y a quienes se dió el monopolio de la información, junto con el permiso para editar periódicos. También se inició el reclutamiento de funcionarios para los servicios, los que fueron canalizados en organizaciones sindicales, lo que constituyó un gran avance. Otro aspecto positivo, también atípico, que fue el fruto de la experiencia del derrumbamiento de la República de Weimar, consistió en la elaboración posterior, en la parte occidental de Alemania, de una Constitución destinada a asegurar la continuidad en el desarrollo democrático. Esta Constitución debía consagrar un cierto número de derechos estables, no susceptibles de ser cambiados en caso alguno, ni por decisión parlamentaria, ni por resolución de una Corte Constitucional, ni siquiera por votación popular. Estos derechos están enumerados en la primera parte de la Constitución.

#### La lucha por la confianza de la mayoría del pueblo y la estructura del Estado

En el forcejeo de la fuerzas políticas, hubo que ceder en cuanto a la estructura federal del nuevo Estado en Alemania Occidental. El Partido Socialdemócrata, como ocurre en general con los partidos socialistas, tendía hacia una organización centralista, por razones políticas muy concretas. El Partido Demócrata Cristiano insistía en el principio federativo, ya que se imaginaba un posterior desarrollo en Alemania, ligado a las fuerzas conservadoras de Austria, Francia e Italia, entonces hegemónicas. Sin negar algunos aspectos positivos, los efectos de esta estructura pesan con rudeza hasta hoy. Ciertamente es que no se realizó el sueño quimérico de Adenauer, Strauss o del pretendiente del trono austrohúngaro, pero la división política del Estado, junto a la autonomía del Poder Judicial y el poder burocrático de los funcionarios profesionales colocan al gobierno de inspiración socialdemócrata ante las más complejas dificultades para proteger los derechos de los trabajadores y amparar la vida democrática.

No ha habido, sin embargo, alternativa. La experiencia de 1929, cuando el gobierno socialdemócrata, enfrentado a las fricciones derivadas de la presión del gran capital y la resistencia de los sindicatos, optó por retirarse, es bastante instructiva. A ello siguieron la imposibilidad de formar una coalición de mayoría, un gobierno minoritario demócrata cristiano y finalmente el acceso de Hitler al poder. De ahí que la socialdemocracia alemana haya extraído las necesarias lecciones. De lo que se trata es de lograr las mejores posiciones en la lucha por la confianza de la mayoría del pueblo. En 1966 entra Willy Brandt, como Ministro de Relaciones Exteriores, a un gobierno de coalición con el Partido Demócrata Cristiano y en 1969 el Partido Socialdemócrata asume el gobierno como fuerza dirigente mayoritaria, aunque con aliados que representan, a su modo, los intereses de las fuerzas sociales que no están representadas en el gobierno. Fue la memoria histórica del pueblo alemán la que, tras casi cien años de lucha del Partido Socialdemócrata, le entregó este papel dirigente. En un comienzo resultaba imposible proponer un programa de reformas sociales, porque había la necesidad inmediata de hacer marchar las empresas, para procurar lugares de trabajo a un

pueblo en el cual de 85% son trabajadores. Sólo procurando trabajo se podía asegurar la alimentación para el pueblo alemán. En el cumplimiento de esta tarea, en los municipios y en las empresas, el partido socialdemócrata y los sindicatos adquirieron prestigio y confianza de parte de las masas. Esta actitud responsable de los sindicatos frente al pueblo alemán posibilitó la exigencia del reconocimiento del derecho a participar en la dirección de las empresas reconstituidas. La votación en favor de los conservadores tenía un fundamento político en la idea de que los norteamericanos eran los custodios de la seguridad, pero la implantación de los sindicatos en las empresas no sólo aseguró el proceso democrático sino que significó el supuesto para los avances en el plano de la cogestión. La amenaza de huelga general, que en la memoria histórica del pueblo alemán era vinculada a la huelga general política que derrotó al putsch de los generales de 1920, forzó a Adenauer a admitir el derecho de cogestión, aunque únicamente en las grandes empresas de la siderurgia y la minería. Se ha tratado, pues, de un compromiso a medias, sobre la base de la correlación de fuerzas. Pero la lucha para ganarse, desde las posiciones en las empresas, en las municipalidades y en el Parlamento, la mayoría del pueblo, prosigue en las complejas condiciones que hoy vive, no sólo Alemania, sino toda Europa.

#### El peso de los grandes traumas y la experiencia histórica

Para comprender la evolución política en Alemania después de la caída del fascismo y, por consiguiente, las limitaciones en la profundidad del proceso democrático, hay que tomar en cuenta los grandes traumas del pueblo alemán. Sobre la base de sus vivencias históricas, se han generado en el pueblo alemán tres grandes traumas. Es claro que cada pueblo tiene los suyos propios. El pueblo chileno debe identificarlos para trazar su propia estrategia política. Los traumas son actitudes casi irracionales en los pueblos y que determinan impulsos, muchas veces peligrosos. Pero hay que tenerlos en cuenta.

Los tres traumas del pueblo alemán son: 1. el trauma del miedo a la guerra. Dos guerras mundiales, las dos veces por iniciativa alemana, las dos veces miserablemente perdidas, con un resultado nefasto para la situación del pueblo; 2. el trauma del desempleo. En cualquier sociedad, desarrollada o no desarrollada, el tema del desempleo suele ser un fenómeno casi normal, se trata de desempleo reconocido o tácito. En Alemania, en cambio, la desocupación es un trauma, porque existe el recuerdo histórico de la crisis que, en los años anteriores a la ascensión del fascismo, con seis a siete millones de obreros desocupados, acarreó el colapso de Alemania; 3. el trauma del miedo a la inflación. Es conocido que en Chile el problema de la inflación es tan endémico que para el pueblo es una cosa normal. Como sindicalista pude observar que la lucha de los sindicatos chilenos no mencionaba la inflación sino que se concentraba en el reajuste anual. Y esa campaña por el reajuste anual proseguía, año por año, durante cuatro o cinco meses, una gran campaña de propaganda, que culminaba con un reajuste manipulado y misérrimo y, tras una nueva pausa, empezaba para el año siguiente la nueva campaña por el reajuste. He descubierto en las bibliotecas que se trata de un proceso que, con variaciones, continúa todo un siglo en Chile. Se trata de un problema endémico y, por lo mismo, de una cosa natural. En Alemania, las dos guerras perdidas trajeron consigo la destrucción total de la moneda. Se trata de un pueblo ahorrativo que vio desaparecer todo lo que había juntado durante una vida. Yo viví de joven en Alemania después de la primera guerra mundial y esa memoria histórica subsiste en el pueblo. Cuando en el apogeo de esa inflación el valor de un dólar representaba 4.200 billones de marcos y todo



un pueblo tenía que correr, dos veces al día, para cambiar sacos enteros, bultos enteros de papel sin valor, para poder comprar algo, porque en la tarde el precio era ya el doble.

Desde luego, la gran hazaña del gobierno con participación socialdemócrata - primero con Willy Brandt como Ministro de Relaciones Exteriores y luego como Canciller - consistió en afrontar y superar el primer trauma, contribuyendo al saneamiento político de Alemania y del conjunto de Europa: alejar el miedo a la inminencia de la guerra. En segundo término, el empeño ha sido puesto en eliminar los otros dos traumas, el del desempleo y el de la inflación. No siempre se comprende por sectores socialistas y socialdemócratas en otros países la insistencia de la socialdemocracia alemana y del movimiento sindical en la R.F.A. por los problemas financieros y por la búsqueda de caminos reales y convincentes contra el desempleo y la crisis. Hoy existe un millón de trabajadores desocupados en Alemania, sin contar los 600.000 trabajadores extranjeros que han regresado a sus países de origen. El cómputo tampoco comprende a las mujeres que regresaron por completo a sus hogares, por no encontrar puestos de trabajo, ni los trabajadores de edad avanzada, no despedidos, sino proyectados a la categoría de pensionados. Se trata de por lo menos 2.000.000 de personas que han perdido su trabajo. No necesito subrayar lo que significa en el plano político el efecto de esta crisis.

#### El retorno de tendencias nacionalistas y autoritarias

Hay un peligro constante para el futuro del país y para el futuro europeo. Para contrarrestarlo es preciso una resistencia resuelta. No creo que se trate propiamente del peligro de un retorno nazi en Alemania, si se consideran los profundos cambios producidos y la lección histórica que recibió la burguesía alemana. Pero sí existe el peligro constante de crecimiento de tendencias y de fuerzas de tipo nacionalista y autoritario. No se trata de un peligro alemán, sino de fuerzas y tendencias que se dan en todo el mundo, a veces bajo falsas motivaciones. En ocasiones, la motivación puede parecer justificada para un determinado país, ya que es fácil y productivo, en países atrasados, formular consignas de un proceso de liberación de tipo nacional revolucionario. La verdadera opción consiste más bien en una nueva relación hacia el problema del poder y del gobierno, como fruto de las experiencias emanadas de todos los tipos de dictadura: la lucha por ganarse la confianza y la mayoría del pueblo, aceptando la participación en el gobierno como una posición de responsabilidad no sólo hacia el presente sino también hacia el futuro.

#### Los sectores cristianos y la unidad

Quisiera añadir dos palabras sobre el tema de las alianzas, particularmente en lo que respecta a las relaciones con la Democracia Cristiana. Desde ya cabe tener presente que tales partidos deben ser considerados como un conjunto de tendencias, ya que existen en ellos profundas contradicciones. También existe en Alemania un ala del partido Demócrata Cristiano, representación parlamentaria, que son defensores de la unidad sindical. El papel de los sindicalistas de origen cristiano en la legislación sobre cogestión ha sido muy importante. Pienso que la participación de los sectores sindicalistas o sociales de la Democracia Cristiana, en Chile y en América Latina en general, así como la actitud de la Iglesia, corresponden a un proceso más vasto en el seno de esos sectores, en todo el mundo, que nosotros seguimos con mucha atención.

#### EDUARD GROENEVELD

#### La resistencia a la ocupación nazi en Holanda

La situación geográfica de los Países Bajos es uno de los factores determinantes que dieron a la resistencia holandesa su carácter específico. A ello debe añadirse la inexperiencia de una situación de guerra sobre su territorio durante más de un siglo. Ambos factores explican los rasgos diferentes de la resistencia al fascismo en Holanda comparado con otros países ocupados. Ni hubo guerrillas de partisanos, con una propia administración en regiones inaccesibles, como en Yugoslavia, en la URSS o en Francia, ni combates regulares contra las fuerzas militares alemanas. Hubo, con todo, grupos armados que realizaron asaltos notables para apoderarse de cartas de identidad y billetes de racionamiento. Estos grupos saboteaban también la circulación alemana por tren o por carretera, cortaban la corriente eléctrica y liquidaban físicamente a traidores holandeses y funcionarios nazis. A ello se agregaba la información entregada a los aliados a través de la radio clandestina sobre el movimiento de unidades enemigas y sobre la construcción de fortificaciones. Al lado de esta resistencia contra el enemigo se desarrolló una resistencia en favor de los perseguidos y por el mantenimiento de las libertades espirituales.

La lucha contra el ocupante se expresó en los más variados episodios, desde la huelga contra los pogroms antijudíos hasta la red de prensa clandestina, desde la negativa de los estudiantes a prestar juramento de fidelidad a las autoridades de ocupación hasta las acciones de sabotaje. A partir de 1943 la represión, que ya se había efectuado con la máxima dureza, recibió la palabra de orden de destruir físicamente a todo adversario. Los Alemanes proclamaron la anulación de la jurisprudencia (Aufhebung der Gerichtsbarkeit), lo que significaba que todo resistente perdía la vida con el solo hecho del arresto.

Los objetivos perseguidos por el ocupante durante los cinco años transcurridos desde la invasión hasta la capitulación incluían los esfuerzos de transformar a toda la sociedad holandesa en el espíritu de la ideología nazi, la subordinación del potencial económico del país a los requerimientos de la economía de guerra alemana, la eliminación de los judíos de la vida social y su exterminio en los campos de concentración en la Polonia ocupada y la represión implacable a toda actividad de los holandeses que se opusieran a su política. De estos objetivos, el que fue realizado en el más alto grado fue el exterminio de los judíos, ya que sólo una pequeña fracción de los deportados pudo regresar. La explotación en favor de la economía de guerra alemana fue también conseguida y a pesar de la resistencia contra el Arbeitseinsatz, más de 600.000 mil obreros holandeses debieron trabajar algún tiempo en Alemania, sin contar el hecho de que la industria holandesa debía funcionar subordinada a las exigencias alemanas. Con todo, el primero y el último de los objetivos señalados no pudieron ser logrados por los ocupantes, que ni impusieron al pueblo holandés la ideología del fascismo ni doblegaron su resistencia.

El profesor De Jong ha estimado que hasta septiembre de 1944 había 25.000 mil personas que podían ser consideradas como resistentes en sentido estricto, esto es, con dedicación full time a las tareas multiformes, pero siempre peligrosas, de la resistencia contra los alemanes.

## El periodo de transición

Hubo, sin embargo, algunas controversias entre los diversos grupos de resistencia que apuntaban más bien a lo que sería la etapa de transición para el intervalo eventual entre la partida de los alemanes y el retorno del gobierno legal. Algunos preconizaban la instauración en territorio liberado de una administración militar, subordinada a las autoridades civiles. Los grupos de resistencia de izquierda que temían una dictadura militar bajo oficiales reaccionarios, se opusieron a este proyecto. Se contaban entre ellos los comunistas, cuyo partido, ilegal desde el verano de 1940, había organizado algunas huelgas contra el ocupante, entre ellas la del 25 de febrero de 1941 en protesta contra la persecución antijudía. Se siguieron muchas discusiones que culminaron con la coordinación de toda la resistencia bajo el nombre de Gran Comisión Consultiva de la Ilegalidad (GAC). Cabe decir que la Reina Guillermina desempeñó un papel eminente estimulando a la resistencia a través de sus discursos radiodifundidos desde Inglaterra. Un número considerable de holandeses logró llegar a Inglaterra para unirse a las fuerzas aliadas; otros lo hicieron a través de Suiza y Suecia.

El retorno desde la ocupación nazi a la democracia parlamentaria se produjo con pocos conflictos y extremismos. Fue el espíritu del humanismo y la moderación, que existe en los Países Bajos desde la época de Erasmo, lo que marcó el comportamiento de la población, primero bajo la ocupación y, luego, en la transición a la normalidad. La falta de radicalismo caracterizó también la depuración y el castigo después de la guerra. En 37 casos hubo sentencias de muerte cumplidas. Después de 1945, Holanda ha intentado y logrado superar las calamidades de la ocupación y readquirir su lugar en el mundo. La resistencia holandesa había pagado un duro tributo en la lucha contra el ocupante: más de 15.000 personas fueron detenidas por la policía alemana, de las cuales 2.000 fueron ejecutadas; más de 11.000 fueron enviadas a campos de concentración, de las que 4.000 sucumbieron.

La abrumadora mayoría de los holandeses rechazaron las ideas del nazismo y preservaron sus valores tradicionales, entre ellos el respeto irrestricto a los derechos humanos.

## ALFONSO GUERRA

### Consenso contra la involución

Lo que caracteriza la situación política española de hoy, en la posición tan delicada del tránsito de la dictadura a la democracia, sin romper abruptamente las estructuras de la dictadura, es el peligro de la involución. Hay un miedo resuelto a la involución franquista. Permanecen los poderes fácticos, que desde el subterráneo, están presionando permanentemente. Ello explica que la voz de orden en esta etapa del período postfascista sea el consenso, la palabra que más se utiliza hoy en política en el país. Se quiere hacer todo por consenso; evitar el disenso, las diferencias que puedan conducir a la involución. Se dan, por cierto, unas ciertas contradicciones entre la vida democrática y las formas jurídico-políticas. Contradicciones en contra de las cuales se escandalizan fundamentalmente los que durante cuarenta años de fascismo no levantaron la voz en su contra. Cuando se realizaron los famosos acuerdos o pactos de la Moncloa, que en realidad significaban un apoyo programático de todo el arco constitucional al poder del Presidente del Gobierno - pero no hecho en el Parlamento, sino fuera de él - muchos se escandalizaron, aseverando que las formas no eran democráticas porque se sustraía al Parlamento su papel fundamental, el de legislar y de controlar al gobierno, yendo en cambio al Palacio de la Moncloa, a la sede de la Presidencia, a dar apoyo a una política general, económica y política del Poder. Lo importante es que llegamos al 15 de junio en una situación que casi todo el mundo calificaba de caótica y que no era nada caótica. Cuando acudimos a las elecciones, primeras elecciones después de 40 años, había en el país 350 siglas de partidos políticos reconocidos, había 350 partidos. Había quienes calculaban que habría tres mil o cuatro mil votos por cada partido. Había quienes pensaban que el caos ideológico provocado por la dictadura había dispersado la conciencia popular y que el pueblo estaba confundido. Era el slogan permanente: el pueblo no sabe lo que quiere, el pueblo no entiende de política, etc., etc.

### La memoria histórica del pueblo

El 15 de junio ha sido una comprobación de que el pueblo sabe más y mejor que las clases dirigentes en cuanto a la intuición política. Y ha sido una confirmación de que el pueblo tiene memoria histórica. Esto para los chilenos debe ser tremendamente importante: si en 40 años no ha desaparecido, en España, es claro que en Chile, en muchos menos años, esperamos todos, la memoria histórica se va a mantener prácticamente incólume. El 15 de junio ha creado una situación nueva en el país, producto de unas elecciones, pero en realidad producto de una aspiración de cambio de la sociedad. La sociedad quería cambiar y ha escogido las opciones claramente de cambio. Las ofertas que se hacían, fundamentalmente, eran la oferta del franquismo (Alianza Popular), la del pasado disfrazado de renovación (Union de Centro Democrático), la oferta de los socialistas, la de los comunistas, la de la democracia cristiana y la de un sin fin de grupos y grupúsculos izquierdistas. Creo que el mapa electoral ha sido perfectamente clarificador por lo que entiende la población por cambio después de una dictadura. Con una ley electoral que favorecía al Poder, con una propaganda en manos íntegramente de éste, especialmente en la televisión, con los Municipios, con el aparato del Movimiento y con una ley electoral favorable para el partido que procedía del Poder y que estaba instalado en el Poder en ese momento, obtuvo éste un 34%, los

socialistas un 30%, los comunistas un 9% y el franquismo puro - que se ofrecía como franquismo - un 6%, esto luego de 40 años de manipulación por parte de la dictadura. Incluso el Presidente anterior, el que siguió a Franco, Carlos Arias, se expuso a la votación y no logró ser elegido. La Democracia Cristiana en España fue absolutamente barrida. Yo no doy este dato como un antecedente a trasladar a Chile, porque son situaciones totalmente distintas. Pienso que la Democracia Cristiana está enterrada en nuestro país y que cualquier demócrata cristiano que quiera volver a la escena política tendría que hacerlo con un nombre que no hable de cristianismo.

#### Estrategia y táctica de la transición

Yo creo que la democracia en 1978 no puede tener los moldes de la democracia de otras épocas. Nosotros hemos hecho un esfuerzo por adecuar nuestra estrategia y nuestra táctica diaria a la realidad del momento. Por ejemplo, durante la etapa en que éramos ilegales y en que había el debate sobre el tránsito de la dictadura a otras situaciones, nosotros mantuvimos, así como todos los grupos de la oposición, contactos múltiples, frecuentes e importantes, de carácter secreto, con el Poder. Alguna campaña de prensa hablaba de colaboración, de vender al país, de un tránsito falso. Hemos corrido ese riesgo permanentemente y hemos mantenido esos contactos secretos, que a veces se filtraban en parte; hemos mantenido contacto con los servicios de información del Poder y con el Poder mismo. Ello antes de estar legalizados. Hay que recordar que fuimos legalizados solo tres meses antes de las elecciones y el Partido Comunista sólo mes y medio antes. Sin embargo, hemos sabido rechazar cualquier contacto con el Jefe del Estado, con el Rey, antes de la legalización. Justamente, en esta flexibilidad y en esta firmeza creo que ha estado el éxito de la oposición: saber medir, en cada caso, dónde se fortalecía la reforma que querían ellos y donde se perdía la posibilidad de ruptura que queríamos nosotros. Pienso que en Chile va a haber, probablemente, un "tour de force" permanente y dependerá - entiendo yo - de la astucia, de la prudencia y de la audacia de los grupos de la oposición, de los grupos hoy ilegales en Chile, el saber aprovechar cada una de las parcelas que se ofrezcan o el saber aprovechar también las trampas que se ofrezcan. Ahora estamos empeñados en una gran tarea de explicación clarificadora, sin esconder los puntos de fricción. Por ejemplo, al ejército español le decimos con toda claridad que nos negamos a la entrada en la NATO, en la OTAN; a la Iglesia le decimos con toda claridad que nos negamos a que los centros de enseñanza religiosa - 35% del alumnado español - pueda ser sufragado con dinero público; y a la alta finanza y al alto empresariado les señalamos qué sectores nacionalizaríamos si llegásemos al Poder. Pero a la vez explicamos lo que es para nosotros un programa de racionalidad de cambios. Para nosotros, los sentidos fundamentales del cambio son dos en este momento histórico. Uno, consolidación de la democracia, lo que supone, a veces, el sacrificio de algunos principios de más largo término, para poder consolidar ahora la democracia; dos, salir de la crisis económica. Nuestro criterio es o que los demócratas acabamos con la crisis o la crisis acaba con la democracia. Ahora, en lo que respecta a la administración del Estado, que ha sufrido 40 años de impregnación fascista, es una administración hostil a una política de izquierda, sin perjuicio de lo cual en el solo año de transición que llevamos, hemos hecho un intenso trabajo de esclarecimiento en todos los planos de la administración del Estado. Esto no significa que no tengamos nuestro propio proyecto de administración del Estado. Nosotros hablamos que queremos destruir el capitalismo para sustituirlo

por el socialismo, pero hay que ser tan audaces, como exigen nuestros principios, y tan prudentes, tan ponderados, como marcan las circunstancias históricas en cada momento. Pero sin olvidar, cuando se hacen las realizaciones, de aquellos elementos que conducen hacia la meta de liquidación del capitalismo y sustitución por una sociedad socialista. Esta actitud nos merece que alguna prensa nos bombardee, en una campaña de 15 días, aseverando que somos el caos y que queremos destruir el país, para atacarnos los 15 días siguientes, a propósito de cualquier acto de sensatez política con la afirmación de que hemos hecho un pacto secreto con el Poder. Nuestra posición es que, en el tránsito hay que mantener la calma: ser tan duro como haga falta, sin perder los nervios y a veces tan flexible, sin perder tampoco los nervios. Nosotros entendemos que la construcción de la sociedad socialista en un solo país cada día tiene menos sentido. Que no se puede uno separar del contexto en que vive, del contexto nacional e internacional. Creo que la transformación de la sociedad española está muy vinculada a la transformación de Europa y, fundamentalmente, a la transformación del sur de Europa: Francia, Italia y Portugal; también en alguna medida Grecia, después de los últimos cambios. Pienso que hay una distancia enorme entre estos países de Europa del sur y los países del centro y del norte de Europa, distancia que no tiene porque suponer una fractura en las estrategias de los partidos de izquierda o de los partidos socialistas del sur o del norte de Europa. Pero distancias reales, porque en el centro y el norte de Europa se ha conseguido un desarrollo económico y social que ha limado y mitigado las diferencias sociales. En el sur de Europa, el contraste de las clases es mucho más fuerte. Creo que sucede lo mismo en Latinoamérica.

Hay algunas características del sur de Europa que yo creo encontrar en Chile y en los demás países latinoamericanos; por ejemplo, la dureza del enfrentamiento de clases, el enorme salto que hay entre las clases dominantes económicamente y las clases desposeídas. También en lo que concierne a la influencia de la Iglesia Católica, en los países del sur de Europa y en los países latinoamericanos. Esto hace que haya que tener muy en cuenta a los sectores populares vinculados con el catolicismo, las fuerzas que emergen de las organizaciones paraeclesiales, próximas al catolicismo y que tienen una capacidad de compromiso con el progreso social. También se da en los países del sur de Europa y en los países de Latinoamérica una presencia importante del Partido Comunista. Creo que al conjunto de los partidos de izquierda en el sur de Europa - y hay una cierta posibilidad de extender lo que digo a Latinoamérica, por tanto a Chile - les está planteada la organización de su lucha sobre la base de un bloque de clases, hegemonizado por la clase trabajadora. Pero permitiendo la aproximación alrededor de la clase obrera de los campesinos medios y pequeños, de los pequeños industriales, de los medianos y pequeños comerciantes, que estén en una actitud no sólo antimonopolista, sino anticapitalista en el sentido innovador del capitalismo, de las grandes multinacionales, del neocapitalismo que hoy sufren los países y los pueblos. Creo que en esto hay que actuar con toda autonomía.

Creo que es importante aceptar dos cosas en la transición de la dictadura a la democracia. Hay que saber, primero, aceptar la atipicidad; no empeñarse, no encerrarse en la reproducción de modelos históricos. No se pueden dogmatizar los conceptos democráticos: la democracia es un concepto dinámico y no un concepto estático. Por tanto, hay que aceptar la atipicidad, midiendo en cada caso si el cambio puede ser una posibilidad de trampa o si puede ser, realmente, la conquista de una parcela más de libertad. Por otra parte, hay

que aceptar que en el tránsito, la oposición forma parte del Poder. He aquí un sencillo ejemplo: nosotros, que no estamos actualmente en el Poder, que estamos en la oposición, supimos a través de "filtraciones" en la administración pública, que el gobierno iba a determinar esa semana una revaluación de la peseta. Una intervención directa nuestra cerca del gobierno hizo que se abandonara ese proyecto, que habría afectado a la producción industrial española, que habría traído un incremento del paro y con ello de las fricciones y la conflictividad social.

En suma, si se acepta la atipicidad de los modelos y se acepta la posibilidad de estar sin estar en el Poder (sin beneficiarse directamente, pero beneficiando al país de participar en el Poder), si se aceptan ambas posiciones y se sabe combinar la prudencia con la audacia, creo que se puede salir del fascismo con el mínimo costo social. Es lo que estamos intentando en España - creo que con cierto éxito - y ojalá que en Chile asistamos a un proceso similar dentro de poco tiempo.

## DANIEL MAYER

### La lucha antifascista en Francia antes de la ocupación nazi

Mis experiencias sobre los problemas y posibilidades de la unidad antifascista están vinculadas a mi condición de militante, que me hizo ser testigo y actor del enfrentamiento de mi país con el fascismo. Desde su instauración, primero en Italia y en seguida en Alemania - donde sin duda se dio el máximo de satisfacciones a la clase patronal y a la gran industria - pasaron a ser los regímenes de estos países una suerte de ejemplo para aquellos que querían modificar el orden en Francia. Para aquellos que querían crear lo que se llamará más tarde "el nuevo orden". Las tentativas de febrero de 1934, de tipo putschista, tuvieron su origen en facciones de las clases medias, inspiradas en una especie de sentimiento de solidaridad con el gran capital, en circunstancia que sus intereses debieran hacerlas solidarias de la clase obrera. Prefieren, sin embargo, a los gendarmes del "orden nuevo". Para ello es fácil a esas facciones la manipulación de un viejo sentimiento bonapartista. Agréguese que era un período de desempleo y que los desocupados, como se sabe, no son jamás elementos de la revolución y entre ellos se recluta con frecuencia a mercenarios para las organizaciones de la derecha. También hay que añadir un sentimiento antiparlamentario permanente en Francia - y yo hablo tanto del presente como del pasado - que a menudo mezcla las críticas de forma, las que se refieren a los métodos del trabajo parlamentario y que son justificadas, con las críticas de fondo, es decir, la negación del sistema parlamentario junto con la negación del sistema representativo en general. Todo ello puede dar una idea del apoyo en que reposaban las tentativas facciosas de febrero de 1934.

### El Frente Popular Antifascista

Pero de inmediato la réplica obrera vino a contrabalancear ese conato. Es bien conocida la historia de la grandiosa manifestación de apoyo a la huelga general del 12 de febrero de 1934. Debo decir que, en el seno del partido socialista, fue León Blum él que impuso la consigna de la manifestación de apoyo a la huelga, contra la opinión de un cierto número de dirigentes, comprendido su Secretario General. La CGT de entonces, es decir, la organización sindical no dirigida por los comunistas, dio esta consigna. La Confederación general del Trabajo Unitaria, que se apoyaba sobre los comunistas, dio una consigna idéntica. Es incontestablemente esta especie de encuentro de dos ríos que afluyeron a la manifestación del 12 de febrero, en París, el que abrió el gran cauce de la unidad, que sería más tarde lo que se llamó en Francia el Frente Popular. Chile fue también expresión del mismo proceso. Si se prescinde de la influencia del Frente Popular francés, en mayor o menor grado, sobre Bélgica y otros países europeos, es innegable que las experiencias más significativas fueron, junto con la de Francia, la de Chile y la de España.

Es pertinente recordar aquí que, hasta 1936, fecha del triunfo del Frente Popular en Francia, la clase obrera francesa conoció la deflación, la disminución de salarios e incluso la disminución de las pensiones de los antiguos combatientes, a las que siempre se había dado un carácter sagrado en Francia. Y la clase obrera, sin embargo, en general no había reaccionado, sin duda por el miedo a la desocupación, por el temor de perder el trabajo y no encontrar otro. Pero cuando conoce los resultados de las elecciones, el triunfo del

Frente Popular Antifascista, ella ocupa las fábricas y, en la forma de un contagio, esta acción se extiende como una mancha de aceite, para apoyar el nuevo hecho político. No digo esto para condenar lo que no se había hecho antes, ni para realzar lo que se hizo después. Constató simplemente como acontecieron las cosas porque será una lección útil para el futuro: cuando se sabe que se teme menos - esto es humano, no importa un juicio de valor - se puede tener la más grande audacia; pero es necesario tener ya esa seguridad, para ser audaz. Destaco esto pensando justamente en Chile, que conocerá, tal vez, de una manera brusca, a través de un gran empuje popular, el derumbamiento de la dictadura. Pero ello será justamente cuando se sabrá que la Junta de Pinochet está herida de muerte. El estímulo a la acción viene de algo que se parece a la certidumbre de la victoria. Las ocupaciones de fábrica de entonces no tenían por objeto, en absoluto, una mutación revolucionaria ni una modificación del régimen de propiedad. Se trataba, únicamente, de frustrar la acción de los elementos amarillos y la conspiración de la burguesía.

La explicación de Munich desde el punto de vista de la burguesía francesa es el miedo de conocer un nuevo Frente Popular; de ver de nuevo amputados sus privilegios. La burguesía francesa y las burguesías occidentales entregan a Hitler la seguridad de que no habrá un segundo frente en el oeste, que era la obsesión de Alemania desde la derrota de 1918. Yo no concibo que los partidarios de Munich criticaran el Pacto Germano Soviético, que fue su simetría complementaria. El Partido Comunista francés no ha impugnado, como nosotros, el Pacto Germano Soviético, ni siquiera después de la desestalinización. Nosotros tenemos pocos argumentos para condenarlos, porque aquellos escasos militantes, incluyendo parlamentarios, que lo rechazaron en su oportunidad, fueron tan lejos en su impugnación, que no se limitaron a ella desde las posiciones y en el marco del movimiento obrero, sino que pasaron a la colaboración y por ende hasta a la traición, a la vez al Partido Comunista y a la nación.

#### La resistencia clandestina contra la ocupación nazi

El período de ocupación divide a Francia en zonas. Allí no había ninguna especie de unidad posible, siquiera en el plano geográfico. La zona prohibida, cerca de las fronteras del norte, recuerda a sus habitantes la guerra de 1914-1918, es sólida, se basa sobre el patriotismo. En la zona ocupada, esto es, en la zona norte de Francia, descontada la zona prohibida fronteriza, la lucha contra el ocupante está motivada en que él nos toma nuestro ganado, nos toma nuestro alimento y nuestras cosechas, pero no es una lucha ideológica. En el resto de Francia, la zona no ocupada por los alemanes hasta noviembre de 1942, no hay un verdadero sentimiento antialemán. Lo que se lamenta más bien es la afluencia de refugiados de la zona norte, que no han querido regresar a sus casas y se han quedado en la zona sur, a quienes se acusa de ser los responsables del mal avituallamiento, porque se comen las provisiones de la gente del Mediodía. Es solamente la ocupación total del territorio, que creará una unidad geográfica, una nación francesa contra el ocupante y, por otra parte, el hecho de que el gobierno de Vichy y Petain no se opusieran a la ocupación de la zona sur, probando así que ellos no hacían el "doble juego" que eran instrumento del hitlerismo y del ocupante, lo que posibilitó una resistencia nacional contra el enemigo.

Con la excepción de algunos casos particulares, en que efectivamente entraron a la resistencia, ya desde 1940, determinados cuadros comunistas, el

Partido Comunista en cuanto tal no se volcó al trabajo clandestino de la resistencia, sino después de junio de 1941. En esa época, el Partido Socialista clandestino, del que yo fui el secretario, propone a los comunistas una unidad de acción. Se nos respondió en forma afirmativa pero con iniciativas ineficaces, tales como la conmemoración de la batalla de Valmy y el 100 aniversario del proceso de Leipzig contra Dimitrov. Pienso que no es ajeno al carácter infructuoso de estas tentativas de unidad de acción un determinado sectarismo, ya que nuestros partidos dirigían sus esfuerzos hacia la misma capa de la población y el espíritu de partido suele crear problemas difíciles de superar. Sólo después que León Blum, a través del Comité de Acción del Partido Socialista clandestino, hubo propuesto a De Gaulle la unificación de la resistencia, ésta se logra a través de la creación del Consejo Nacional de la Resistencia, que elabora un programa. Los comunistas ponen en el primer plano de su preocupación que la alianza sea la más extensa posible. En el seno del Consejo Nacional de la Resistencia, pequeñas reuniones clandestinas de 4 o 5 miembros, la opinión del representante comunista era sostenidamente - y la experiencia es parecida a lo que nos explicaba Lelio Basso sobre Italia - que el primer lugar correspondía a la prosecución de la guerra y a los fondos para la guerra. Fuimos nosotros los que insistimos, con una parte - curiosamente - de la derecha francesa, que preveía la necesaria lección moral para los colaboradores, en que se incluyera la previsión de medidas sociales que deberían tomarse, ulteriormente, después de la victoria. Es decir, aunque estábamos de acuerdo con la primacía y la prioridad, no lo estábamos en cuanto a la exclusividad en la preocupación por las medidas estrictas de guerra. Conozco un artículo de Clodomiro Almeyda que lleva el título "Unidad, Condición Necesaria para el Derribamiento de la Junta", que presentó a la Conferencia Socialista internacional sobre Chile, que tuvo lugar en Rotterdam, en 1977. Convengo, por cierto, en ello. Pero la unidad debe hacerse sobre cuestiones extremadamente claras, no en la confusión. Hay que comprender y hacer comprender a nuestros pueblos que la lucha contra el fascismo no es solamente una lucha política, sino que el programa que presentamos es a la vez un programa social y económico, ya que no se trata de restablecer la situación anterior sino de modificarla de manera progresista. Puede resultar así la unidad menos numerosa en el plano político, pero más sólida en el plano de las esperanzas populares y de las necesarias transformaciones económicas, que aseguren que las fuerzas que nos impusieron el fascismo no recomenzarán a amenazarnos mañana.

ARIEL DORFMAN

Acuerdo mínimo para el diálogo

La experiencia europea pareció mostrar que, durante el período de la resistencia antifascista, sus propios partícipes planteaban más que la sola posibilidad, casi la certeza, de que cuando cayera el régimen fascista cada uno seguiría su propio camino.

Como si vinieran de distintos campos irreconciliables, después se juntarán, lucharán contra el fascismo y se separarán nuevamente. Yo creo que en Chile nosotros vamos a vivir una experiencia estratégica de colaboración a largo plazo con las fuerzas que van a ayudar a derrocar el fascismo. Porque esa es la única solución para afrontar los problemas profundos del país. Es más: creo que la Democracia Cristiana va a concurrir finalmente al proyecto socialista en Chile. Esto no es fácil. Pero toda perspectiva estratégica supone la pregunta sobre las fuerzas mayoritarias que permiten salir de la crisis profunda, de nuestra dependencia, de nuestro subdesarrollo.

Con todo, la unidad no se construye mañana, sino hoy. La tragedia de Chile trae consigo la exigencia de nuevos valores y con ello de una nueva moralidad de lenguaje. Para buscar en el lenguaje la capacidad de confianza que posibilite el diálogo, incluso la capacidad del desacuerdo leal. Esto es algo que debemos fundar hoy; no podemos lamentarnos mañana del desacuerdo. Tenemos que ir fundando hoy aquella confianza mínima, aquel lenguaje común, que asegure que nunca más se repita en Chile lo que ocurrió en 1973. No sé si vale la pena recordar que había dos sistemas de radio; unos, escuchaban solamente la oposición a Allende; otros, únicamente a aquellos que lo defendían. Ya nadie dialogaba. No había siquiera un territorio de encuentro. Esas terceras radios. Esas zonas a donde nosotros podamos concurrir para la reflexión madura y el entendimiento. Esto incumbe no solamente a los políticos, sino al país entero que no quiere vivir otra vez esta experiencia, este trauma. Creo que en Chile no se repetirá la experiencia europea, porque somos capaces de mirar el pasado y preparar el futuro.

DENNIS BURNETT

Los plazos del objetivo socialista

Voy a referirme brevemente al problema de la acumulación y al punto abordado aquí sobre las relaciones entre la nueva democracia, el control público de los recursos nacionales, a la vez que la redistribución de éstos y del ingreso. Lo que a mí me preocupa en esto son los plazos que se tienen para lograr estos objetivos. Ello, si se considera - como aquí se ha planteado - que las bases para un cambio democrático en Chile requieren de una alianza amplia fundada en un acuerdo. De alguna manera me parece que estos plazos son cortos y los grados de libertad son limitados, si se tiene en cuenta que un país como el nuestro, que tiene un nivel de ingreso per capita que puede ser entre cinco y diez veces menor que el de los países europeos que pasaron las experiencias del fascismo y el postfascismo, afrontará muy pronto el problema de que se acaban los límites que permiten un proceso redistributivo del ingreso. En la medida en que este pequeño ingreso nacional es distribuido sobre la base de unas ciertas tasas de acumulación, para la burguesía internacional, y ciertas tasas de explotación de las clases populares, a que está acostumbrada la burguesía nacional, el margen para el proceso de control, de nacionalización de los recursos nacionales, de redistribución del ingreso, se hace muy pequeño. Los plazos son muy breves. Se entra muy pronto a la agudización de las contradicciones de clase, que necesariamente tendrá su reflejo en el carácter que va a tomar esta alianza de sectores de clases en un frente amplio. En ese sentido, la urgencia de plantear un objetivo socialista para el caso de Chile no puede parangonarse con la casuística europea. En el caso de Europa el aplazamiento era posible, sobre la base de los recursos económicos y otros factores. Para Chile se presenta la necesidad de una definición a más corto plazo. Esto es, por un lado, una ventaja, en la medida en que el problema del desarrollo aparece subordinado al proceso socialista, pero por otro lado surge la dificultad derivada del entendimiento con sectores de clase que no comparten ese proyecto. Todo esto debe hacer reflexionar sobre la viabilidad de un proyecto de este tipo, basado sobre un frente de una amplitud puramente vinculada a la convergencia de intenciones sobre la institucionalidad democrática.

Las interferencias anormales en la transición

Un punto que justifica algunas observaciones especiales sobre el problema de las fuerzas políticas y las alianzas, en el período postfascista, tiene que ver con las interferencias anormales que necesariamente lo van a acompañar. En la transición europea existió, sea la ocupación de parte de los ejércitos extranjeros, que se convirtieron en un poder en el país al momento de la transición, sea los poderes fácticos y los centros de poder que perviven del viejo régimen, como aconteció en España. Lo que es notorio es que tales interferencias se van a producir también en Chile en el período de transición. Creo que esto debe tenerse presente como un dato importante, si se trata de prever las posibilidades de comportamiento y acción política de las diversas fuerzas. Hay por lo menos dos procesos que tienden a producirse en el período de transición, según nos muestra la experiencia. Uno, es el fenómeno de división - o más precisamente de fuerzas que actúan en el sentido de la división - por obra de las diversas tentaciones que el período postfascista crea y ofrece a las fuerzas políticas, que pueden ser tan fuertes como para romper niveles de unidad ya logrados. Es sabido que el Partido Socialista Obrero Español estuvo sometido, durante un período de la etapa de transición, al ofrecimiento de posibilidades y alternativas que eran negadas a otras fuerzas democráticas; en el fondo, se trataba de ganarlo, de incorporarlo, de tentarlo con beneficios directamente dirigidos a ese partido por el franquismo renovado. Recuérdese el caso del socialismo italiano, cuya situación interna condujo, a pocos años de la caída del fascismo, a una división, que hasta hoy perdura, entre el Partido Socialista y el Partido Socialdemócrata. Hay otro fenómeno que suele producirse en la etapa de transición, que es el fenómeno del mimetismo. De las intervenciones de Diamant, de Mayer, de Basso, de Guerra se infiere claramente este proceso. El caso español es prístino como ejemplo. Las fuerzas que en un momento determinado estuvieron participando activamente en el gobierno fascista o coincidieron con el fascismo o lo apoyaron, buscan una salida política, un espacio político en la institucionalidad y en la vida política postfascista.

Los ex fascistas aparecen súbitamente, buscan ubicación, pasan a estar presentes en otras organizaciones políticas. Específicamente respecto del caso chileno creo que este fenómeno de mimetización se producirá en medida no desdeñable. Pienso que, por las contradicciones internas de la Democracia Cristiana, esta fuerza política puede verse expuesta, más que otras, a este fenómeno, el del mimetismo, que busquen en ella refugio sectores del régimen derrumbado; pero a la vez, creo que la Democracia Cristiana estará también expuesta a las tentaciones que pueda ofrecer el fascismo en desmoronamiento. Claro es que éste no es un "problema demócratacristiano", aunque lo sea predominantemente; también es un problema nuestro, que puede tener incidencia en el desarrollo del período postfascista en Chile.

Vertiente cristiana y socialismo

Se han señalado aquí algunas observaciones sobre los proyectos políticos de las distintas fuerzas políticas chilenas. Ariel Dorfman ha lanzado la hipótesis de que la Democracia Cristiana podrá, eventualmente, acompañar un proyecto de transformaciones socialistas de la sociedad chilena. No sé si esto es posible. Pero de lo que sí estoy convencido es de que la transformación socialista de la sociedad chilena, por la tradición cultural política del país, requiere de una importantísima y masiva participación de la vertiente del pensamiento cristiano, para que ella pueda ser exitosa. Necesar-



amente, para que ella sea mayoritaria. Pero como también se ha dicho aquí, se trata de procesos prolongados. Es bueno que lo que corresponde a cada problema sea suscitado oportunamente, para no adelantar un interrogante que dificulte la resolución de lo que tengamos planteado de manera inmediata. Pienso que no es éste el momento de la convergencia de las grandes vertientes del pensamiento político chileno, para decidir inmediatamente la vía hacia el socialismo.

#### Alianzas y conflictos de clase

Estoy de acuerdo con Dennis Burnett cuando formula un importantísimo llamado de atención a nuestras reflexiones sobre el problema de las alianzas para el período postfascista. Es Chile, en efecto, un país que por condiciones de carácter objetivo y estructural, por el grado de potencialidad de su estructura económica, genera un grado agudo de contradicciones de clase, con muchas dificultades para afrontar sin que ciertos grupos sociales, muy importantes en la sociedad chilena, adopten una actitud de sacrificio. No es un misterio que en Chile existe una vasta clase media, una parte de la cual ha sufrido un proceso de empobrecimiento y proletarización, un sector considerable; pero subsiste otro, acostumbrado a modelos de consumo que corresponden más bien a aquellos de sectores equivalentes de países de mayor desarrollo. El examen de las reales posibilidades de la sociedad chilena, de las pretensiones de su burguesía y de otros sectores, tendrá repercusión en las áreas de acuerdo del debate con la Democracia Cristiana, en el período del postfascismo.

#### CLODOMIRO ALMEYDA

#### El fascismo en Chile

Antes de referirme a los problemas de fondo, esto es, a la unidad anti-fascista y al período postfascista, en la perspectiva de la experiencia chilena, creo conveniente una breve reflexión sobre el fenómeno fascista en Chile. El punto ha sido suscitado especialmente por Lelio Basso, al formular algunas reservas a propósito de la terminología y de las comparaciones. Nosotros sostenemos que en Chile existe fascismo y sus rasgos de tal emanan de su conformación y de su origen de clase a la vez que de la destrucción violenta y total de la institucionalidad democrática. La circunstancia de que las fuerzas conservadoras estén cada vez más ligadas internacionalmente y que en este sentido la contrarrevolución fascista sea una respuesta de los monopolios nacionales e internacionales no altera lo esencial de la definición fascista. En lo que respecta a la demolición de la convivencia democrática podría decirse, aunque parezca una exageración, que el fascismo chileno ha extremado incluso los rasgos del fascismo alemán e italiano. Sin ser un país capitalista desarrollado, Chile había logrado, curiosamente, desde el año 1830, un tipo de institucionalidad y de convivencia democráticas, que fue muy limitada en sus comienzos, pero que se fue profundizando y desarrollando a lo largo de todo el siglo XIX y prosiguió durante el siglo XX, hasta el extremo de que pocos países, como Chile, pueden haberse dado el lujo de un tipo de evolución legal, institucional y democrática de tan larga duración. Alguien podría aducir que eso era algo solamente superestructural. Es cierto que comenzó siendo marcadamente superestructural. Pero los reducidos sectores oligárquicos que, a principios del siglo pasado, disputaban por el poder, ya disputaban en forma democrática, ya lo hacían a través del compromiso. Lo hacían a través de las alianzas o a través de elecciones muy imperfectas, pero en todo caso en forma muy distinta a todo el resto de América Latina e incluso muy distinta al comportamiento de las distintas fuerzas sociales que pugnaban por el poder en Europa en esa época. En el transcurso del siglo XIX se fue incorporando a esta actividad democrática, poco a poco, la clase media naciente, muy reducida al comienzo y esto prosiguió a través de todo el siglo pasado. Ya en el siglo XX, también por etapas sucesivas, se fue incorporando a este tipo de vida, no solo de institucionalidad sino de vida política, la clase obrera. A extremos que, ya a mediados del siglo XX, podía afirmarse que Chile era un país, no sólo con una institucionalidad, sino con una vivencia, una vigencia democráticas. Esto fue suprimido violentamente un día, el 11 de septiembre de 1973; y todas las instituciones que el país había ido creando en el transcurso de 150 años de vida independiente, de la noche a la mañana desaparecieron. Desaparecieron los partidos políticos, desapareció el Parlamento, desapareció el Estado de derecho, desaparecieron las organizaciones sindicales; desapareció la libertad de pensamiento y la libertad de opinión. Y desapareció, en buenas cuentas, todo el resultado de una historia de 150 años, en un solo día. Esta destrucción por la violencia de la institucionalidad democrática y su sustitución por otro tipo de Estado, con otra pretensión de legitimidad, que no reconoce ya su origen en los principios de la revolución francesa o algo semejante, sino en la necesidad de combatir al comunismo y al marxismo y en la doctrina de la seguridad nacional. Es, pues, una pretensión de legitimidad totalmente distinta, que nada tiene que ver con toda la evolución ideológica del país, lo que da al caso chileno su fisonomía especial y expresa la máxima abolición fascista de la institucionalidad democrática. No se da el mismo fenómeno en otras experiencias latinoamericanas.

La más próxima a la nuestra es la uruguaya, en que son innegables los rasgos acusados de fascismo. En Brasil y en Argentina la situación es diversa, ya que en ellos no se había logrado, particularmente en Brasil, construir todo un sistema político democrático que el fascismo se haya encargado de demoler. Menos aún en el caso de las dictaduras de Paraguay o Nicaragua. En este sentido, Chile era un país que funcionaba más democráticamente que, digamos, lo que era la Italia de 1920 y sus cauces políticos eran asimismo más asentados democráticamente que Alemania en 1933. Tal es lo que da al fascismo chileno su carácter de verdadero arquetipo en la destrucción de toda forma de legalidad. Y ello explica las características y la amplitud del movimiento de solidaridad con Chile. Se trata de un fascismo dependiente, en la medida que como respaldo social y fuerza promotora estuvo el capital transnacional, sobre todo norteamericano, en el primer plano, pero ello no obsta a que la crueldad y totalidad de la supresión violenta de la institucionalidad, en cuanto negación de toda la historia del país, corresponda en su esencia a la forma estatal criminal del fascismo.

#### Unidad antifascista y unidad para reconstruir la democracia

Algunas observaciones, en seguida, sobre el problema de la unidad antifascista y acerca del asunto de la eventual diferencia que existiría en el caso chileno entre la unidad para derrotar al fascismo y la unidad para reconstruir la democracia chilena y encaminar a nuestro país hacia nuevas formas de convivencia, en la dirección del socialismo:

De las experiencias de otros países aparece, no solamente la incapacidad para impedir el acceso del fascismo al poder, sino que, además, una vez derrotado éste, la dificultad para reconstruir esas sociedades de manera de eliminar para siempre el riesgo de involución hacia el fascismo y para avanzar hacia formas de convivencia superiores. Es notorio que, aunque sea correcta la definición de nuestra época como la de transición entre el capitalismo y el socialismo, ello no significa que el capitalismo se halle ya en completa derrota. La fuerza del capitalismo es tanta que le permite producir la respuesta fascista, frente a la cual muchos pueblos, incluso algunos que, como el nuestro, habían avanzado mucho por el camino de la democracia, han sido incapaces de detener y combatir con éxito. Un factor determinante - no el único - de esta debilidad de la democracia, de las fuerzas progresistas, es su división. La defensa del orden capitalista no necesita de un gran trabajo de creación y de construcción de la unidad. La reacción es casi espontánea, casi biológica en defensa de sus intereses y los liderazgos aparecen en el momento oportuno, con lo que se da la impresión de un verdadero Estado Mayor que coordina las fuerzas del adversario. La verdad es que muchas veces no existe ese Estado Mayor. El pasado se defiende porque es expresión de algo que todavía vive y la vida se defiende. Ahora, por el lado de las fuerzas revolucionarias, la faena es mucho más difícil, mucho más compleja, porque precisamente la construcción del instrumento de cambio es el resultado de un proceso consciente, de un trabajo que se realiza, por así decir, contra la corriente. De manera que conseguir la unidad de las fuerzas que se oponen al status es una empresa harto ardua y dificultosa. Su importancia reside en que el nivel de la política es un nivel de fuerzas y, en definitiva, el desenlace de los conflictos políticos es el resultado de la correlación de fuerzas. Obviamente, una fuerza que no es, en realidad, una, sino que está dividida, que no es capaz de organizarse, de dirigirse de manera racional y con una orientación

común, que concentre los esfuerzos en los puntos débiles del adversario, que maximise los recursos disponibles y los disponga de manera adecuada para poder crear una brecha, no está en condiciones de imponerse. Este esfuerzo de unidad y coordinación es una empresa sumamente complicada y la dificultad que los movimientos revolucionarios encuentran para lograr esa unidad y esa dirección y ese consenso comunes para decidir cómo se combate al adversario se convierte en el principal aliado de éste. De ahí que el proceso de construcción de la unidad sea para mí la tarea más importante de las fuerzas democráticas, de las fuerzas revolucionarias, de las fuerzas socialistas, en cada uno de nuestros países y en la estrategia a escala mundial. Claro es que la palabra unidad puede ser manejada con fines puramente propagandísticos y, en el hecho, para encubrir la división. Pero pienso que, en el caso chileno - y ésta es una de las razones para que seamos racionalmente optimistas en cuanto al futuro de nuestro país - este proceso de organización de unidad y consenso está en pleno desarrollo. El constituye la expresión, en el siglo XX, de la madurez política chilena, fruto de la dilatada práctica democrática del país, que ha ido creando las condiciones para hacer posible, más en Chile que en otros sitios, este proceso de coordinación, de integración y de consenso entre las fuerzas progresistas (sobre todo si se compara el grado alcanzado por este mismo proceso en otros países de América Latina o en Europa). Creo que esto nos da fundamento para ser optimistas y para pensar que, razonablemente, los chilenos deben obtener resultados positivos en un lapso de tiempo relativamente corto. Como dice Jorge Arrate, la unidad de las fuerzas populares chilenas es un proceso muy largo y muy antiguo y que encuentra, quizás en parte su explicación, en la práctica política chilena, que ha hecho que el compromiso, el acuerdo y la discusión entre fuerzas políticas diferentes, sea un elemento de nuestra tradición política. En la práctica política argentina, en cambio, el no acuerdo, la intransigencia es un apelativo valorado positivamente (como que está incorporado a la denominación del más importante de los partidos políticos argentinos, la Unión Cívica Radical), para ser opuesto al contubernio, otro término manejado con frecuencia en el lenguaje político de la Argentina para caracterizar las alianzas. Esta práctica ha sido, a mi juicio, funesta en la práctica política argentina y no es del todo ajena a la dificultad que ha habido en ese país para encontrar fórmulas para la organización política, a pesar de su desarrollo social, económico y cultural. La práctica política chilena tiene la característica inversa, que nos lleva a hacer lo posible por lograr el acuerdo y el consenso y con ello la acumulación de fuerzas. Desde este punto de vista la Unidad Popular constituye una etapa muy importante. No digo que sea la última o definitiva, pero de gran trascendencia para el aglutinamiento de fuerzas progresistas. Desde luego, la Unidad Popular reúne en su seno a los partidos de orientación socialista marxista, básicamente al Partido Socialista y al Partido Comunista. La unidad entre estos partidos se logró después de treinta años de luchas, a veces muy intensas, a veces una guerra a muerte, que se ha transformado, en los últimos diez años, en un tipo de convivencia bastante profundo. Nos hemos ido acostumbrando a trabajar juntos, a discrepar, pero a entendernos al último momento. Este es un logro que pocos países han alcanzado (se piense, tan sólo, en lo sucedido en Francia, en que existía un Programa Común que se desmoronó rápidamente). Tenemos, entre nuestros partidos, diferencias importantes que no minimizamos; somos partidos muy diferentes. Pero creemos que es más lo que nos une; y eso es lo fundamental. Y creemos que la historia, que el trabajo, que la lucha en común, van a ir haciendo que esas diferencias se vuelvan cada vez menores, no sólo por el curso de los acontecimientos en Chile, sino en el mundo. Desde este

punto de vista tenemos una perspectiva optimista en lo que concierne a la unidad de las fuerzas marxistas en Chile. Pero la Unidad Popular - y esto debe tenerse muy en claro - no es sólo eso. A la Unidad Popular confluyen otras corrientes históricas que, desde el punto de vista nacional e internacional, tienen mucha importancia. En la Unidad Popular se ha entroncado toda la tradición republicana democrática chilena, que nació junto con la Independencia del país, como resultado de la influencia de la Revolución Francesa. Las ideas que se llaman principalmente radicales. La tradición democrática chilena, que está en toda nuestra historia, que se desarrolló a través de los siglos XIX y XX, y que se encarna en el Partido Radical, el cual también integra esa coalición. Los radicales han llegado también, por la experiencia histórica, a concluir que la realización de los ideales de libertad, de igualdad, de justicia, es inseparable de la sociedad socialista. De manera que la unidad entre los radicales y nosotros no es accidental. Ellos no son marxistas, pero son socialistas. Para los marxistas que estamos en la Unidad Popular nuestra alianza con el Partido Radical no es una alianza instrumental, porque en realidad tenemos el mismo objetivo, que es el socialismo, aunque nuestra inspiración filosófica no sea idéntica. Existe, en seguida, una tercera corriente, que es también un componente orgánico de la Unidad Popular: lo que pudiéramos llamar el cristianismo de avanzada, el cristianismo progresista y revolucionario. Este componente de la Unidad Popular es también un elemento orgánico de la misma, que no es accidental ni marginal, sino que corresponde a su esencia. El movimiento de renovación cristiana, de carácter democrático, tiene una enorme importancia, que se verá acrecentado como resultado del papel desempeñado por la Iglesia y por vastos núcleos cristianos en la lucha contra el fascismo. Este tercer componente contribuye, con los otros, a dar a esta combinación política de fuerzas una significación y características sui generis. Ahora bien, hay algunas cosas que nos han unido mucho: nuestro trabajo en común durante el Gobierno de la Unidad Popular y la derrota. La conciencia de nuestra común responsabilidad por lo que ocurrió. La autocrítica común y mutua para sacar lecciones. No se trata, entonces, entre los partidos de la Unidad Popular, de una afinidad ideológica o electoral, sino además, de que estamos comprometidos conjuntamente en el Gobierno de la Unidad Popular, en su derrota y, en consecuencia también, en la lucha contra el fascismo. La práctica nos ha unido mucho. Entre los hechos que unen está la derrota, en cuanto da la oportunidad, mediante el análisis autocrítico, de sacar consecuencias comunes. El debate que se ha producido y que se está produciendo, porque no ha terminado, en el seno de las fuerzas populares chilenas, alrededor de nuestra experiencia, es una de las fuentes de nuestra unidad. Ella se logra mediante discusiones, porque no siempre estamos de acuerdo, ni es fácil hacer un diagnóstico exacto y preciso del porqué de lo que ocurrió. Pero ese cambio de ideas crea condiciones para un entendimiento más profundo. Desde luego hay algo en que todos están de acuerdo: una de las causas de la derrota fue el no haber logrado el suficiente consenso durante el Gobierno. Y si había unidad, era necesaria mucha más unidad para haber actuado con más eficacia y en mejores condiciones para enfrentar al fascismo. De ahí que, una vez producida la derrota, no nos dispersamos en posiciones diferentes. Hay una enorme distancia, por ejemplo, entre lo que ocurrió luego del desastre español y lo sucedido con nosotros. El exilio español se encargó de responsabilizarse recíprocamente de lo que había ocurrido y las heridas que surgieron entonces aún no cicatrizan; continúan constituyendo una debilidad dentro del movimiento democrático español. Ahora bien, yo no estoy magnificando el grado de desarrollo que hemos alcanzado en

el plano unitario, ya que aunque podemos estar satisfechos en términos relativos, es mucho lo que debe avanzarse aún en este proceso. Pero, ¿qué decir de las distinciones sobre el problema de la unidad para derrotar al fascismo y la unidad para el período postfascista? Este es, por cierto, un problema que no se limita al examen que hemos hecho hasta ahora de la unidad dentro de las fuerzas que componen la Unidad Popular.

Se ha dicho, con fines analíticos, que hay que distinguir entre la fase de la lucha para derrotar al fascismo y el período postfascista, a la luz del proceso unitario. Pero todos estamos de acuerdo que las fases están interrelacionadas. Es muy difícil que exista una unidad con el exclusivo objeto de combatir al fascismo; es muy difícil porque la gente se plantea lo que vendrá después y esto no sólo lo planteamos nosotros; se lo plantea el adversario, se lo plantea la Junta. Es un elemento en favor de la Junta el que no haya algún grado de consenso entre las fuerzas democráticas, para el período postfascista. Yo creo que el mínimo consenso para la etapa postfascista existe, entre la Democracia Cristiana y la Unidad Popular. El período de transición hacia la democracia en Chile está condicionado, en parte al menos, por la índole del modelo de sociedad chilena hacia la que se quiere llegar, el nuevo Estado democrático hacia el cual se quiere conducir al país; al decir nuevo Estado democrático queda descartado el retorno mecánico hacia el pasado. Ese nuevo Estado debe ser el producto y expresión de la lucha y de la influencia del conjunto de todas las fuerzas políticas, sociales e ideológicas que han de contribuir a la derrota del fascismo y que coinciden en las bases fundamentales de una futura sociedad chilena. Ahora, el contenido fundamental de ese Estado democrático, que deberá ser el producto de todas las fuerzas que han luchado en contra del fascismo y que participen en su eliminación, incluyendo a las fuerzas militares que contribuyan al derrocamiento de la dictadura, tendría las siguientes bases: primero, la consolidación, ampliación y profundización de la democracia, entendida como un sistema político que reconoce en el pueblo chileno la fuente de la soberanía, consagra el respeto a las libertades y derechos humanos, garantiza el pluralismo ideológico y genera, por tanto, mediante elecciones libres, sus autoridades, a la vez que asegura la participación popular organizada en las instancias decisorias, en todos los ámbitos de la acción del Estado, permitiendo el control de esas instituciones por la ciudadanía (se comprende que la nueva institucionalidad no sólo debiera enunciar, sino garantizar, mediante una democrática organización social y económica, el ejercicio de todos los derechos, incluidos los sociales, económicos y culturales); como es natural, el desarrollo de la actividad política se ejercerá a través de los partidos, fundamentalmente, como expresión del pluralismo en el seno de la sociedad. Un segundo objetivo debe ser la defensa de las instituciones democráticas, a través de mecanismos que, siendo operativos, cautelen el respeto irrestricto de los derechos humanos y determinen la manera de hacer efectiva la responsabilidad de las autoridades en la protección de dichas instituciones. Es correcto definir, entonces, a la nueva institucionalidad como una democracia antifascista, en que el Estado esté dotado de los medios para evitar que pueda repetirse lo acontecido en nuestro país. Pero la defensa de la democracia debe ser ejercida jurídicamente, de manera que se garantice la evitación de los excesos en esta materia. Con todo, para poder defender la institucionalidad democrática y su legalidad deben extirparse radicalmente de la sociedad chilena las bases económicas políticas e ideológicas del fascismo. Eso es lo que le da a la democracia chilena que se quiere instaurar el carácter de una democracia antifascista

y en la tarea de defensa de estas instituciones debe contemplarse la necesaria organización del pueblo, a través de sus organismos de masas. El nuevo Estado debe tratar de organizar a la sociedad chilena de manera que ésta pueda sustentar el ejercicio real de los derechos humanos en todas sus dimensiones. Se trata de superar el concepto de democracia política, que adquiere una dimensión social a través de la participación en la toma de decisiones, a través de formas de propiedad que democraticen la estructura social asegurando una repartición del ingreso compatible con la democratización general. El desarrollo económico debe apuntar a una expansión de las fuerzas productivas que promueva al desarrollo independiente, soberano y autosostenido de la economía nacional. El Estado debe asumir el papel de agente principal, en la medida en que éste expresa los intereses del conjunto de los sectores interesados en la expansión y en la democratización de la economía. Esta función debe realizarla el Estado, tanto a través de la promoción y regulación del desarrollo proporcional y planificado de la actividad económica nacional, como a través, también, de la gestión por el Estado de sectores económicos claves en las estructuras productivas.

Ahora bien, este Estado democrático debe ir generando una práctica política que permita al pueblo ir optando progresivamente sobre las diferentes alternativas y proyectos de organización social que vaya generando la vida del país y que le presenten los partidos políticos. De manera que más allá del consenso acerca de estos conceptos, se vaya definiendo la alternativa socialista y será el propio pueblo el que irá optando en el futuro por estas alternativas.

Estas ideas constituyen direcciones a través de las cuales todas las fuerzas democráticas pueden comenzar a caminar después de la derrota del fascismo. La Unidad Popular tiene una actitud abierta en este sentido. Creo que éste es un proceso largo, para llegar a un acuerdo más profundo, de carácter operativo con la Democracia Cristiana, pero espero que las cosas se vayan desarrollando en esa perspectiva. La falta de coordinación, los aspectos de independencia de cada sector (que la Democracia Cristiana parece querer acentuar), pueden retrasar, pero no impedir la caída del fascismo. Aunque no haya acuerdo, el fascismo va a caer, pero tenemos el deber de abreviar a nuestro pueblo el plazo de sujeción al fascismo. Su caída sería acelerada por el acuerdo entre las fuerzas democráticas y esa es su importancia insoslayable.

CARLOS FORTIN

### Propiedad pública y reconstrucción de la democracia

Hay un aspecto, abordado por Clodomiro Almeyda, sobre el que yo quisiera añadir algunas observaciones. Si bien estamos de acuerdo con él en la definición básica de lo que debiera ser el proyecto político postfascista, vale la pena acentuar aquí el tratamiento del proyecto económico de desarrollo para el período postfascista, el proyecto de acumulación. Cabe recordar que las características del actual proyecto de acumulación, bajo las condiciones del régimen fascista, pueden resumirse, de manera esquemática, como las de un proyecto que intenta transformar a la economía y a la sociedad chilenas en un sistema exportador de productos primarios y, por consiguiente, en una sociedad dependiente del capitalismo internacional; el mecanismo que se está utilizando, para llevar a cabo este proceso de reconversión del capital, es la superexplotación de los trabajadores. El efecto concreto de esta combinación es, por un lado, la destrucción de la industria nacional y del capital nacional productivo y su remplazo, o reconversión, por el capital financiero y especulativo, a la vez que la desnacionalización del aparato económico nacional y un proceso de concentración creciente del control sobre el capital.

Cabe tener presente, con todo, que al lado de estos efectos, claramente negativos - y que la Junta misma, dentro de cierta medida, parece forzada a admitir - el efecto positivo que se ha tratado de obtener tampoco se ha obtenido. En otras palabras, la acumulación en la economía chilena no solamente no ha aumentado, sino que ha disminuido drásticamente. En Chile no hay inversión, ni pública ni privada, ni nacional ni foránea, salvo en sectores muy específicos a aun allí, en condiciones cuantitativas sumamente modestas. De manera que un problema central, para toda formulación de un proyecto para el período postfascista, es el de preguntarse cómo se va a enfrentar la necesidad de reabrir un proceso autosostenido y dinámico de acumulación económica. Y frente a ello, como decía Clodomiro Almeyda, parece haber acuerdo en que el Estado debe jugar un papel muy importante. Pero pienso que acaso es necesario ir algo más lejos. Porque el Estado, como también lo decía Clodomiro Almeyda, puede jugar un papel como regulador y orientador del proceso de acumulación; pero también puede jugar un papel como actor dinámico del mismo proceso. Las dos posibilidades no se excluyen entre sí, pero exigen una definición en materia de énfasis. Respecto de lo cual creo que, tanto consideraciones de técnica económica, cuanto consideraciones de carácter político social más amplias, exigen definir desde ya que el proyecto socio-económico y político del postfascismo debe implicar un alto grado de participación del Estado en un proceso de acumulación en forma directa. En otras palabras, creo que un elemento importante del proyecto postfascista es la comprensión de que el agente dinámico del desarrollo, de la inversión, de la acumulación y del crecimiento de las fuerzas productivas va a ser el Estado. Ahora bien, entiendo que en esto también hay acuerdo entre todos los sectores antifascistas. Pero aquí pueden surgir algunos problemas, porque ésta no es, por cierto, la única forma de resolver la cuestión de la acumulación en el período postfascista. Aunque no me parece viable, desde el punto de vista económico ni político, sería posible plantear como alternativa a este proyecto nacionalizador de acumulación, un proyecto de neocapitalismo avanzado, en que se intenten reconstruir las bases de desarrollo de una forma de capital privado nacional. Por muy tentadora que pueda resultar para algunos tal hipótesis, no es ni económicamente conveniente ni adecuada en términos políticos y sociales. Pero creo que el problema está planteado (y ya se

planteó en la época de la Unidad Popular). Pienso que el asunto fue mal comprendido en la época, tanto por la oposición democrática como por las fuerzas populares. La discusión sobre las áreas de propiedad y la intervención del Estado fue mal planteada por nosotros mismos. Desde luego, para algunos sectores de la oposición democrática existía una identificación entre la existencia de un sistema democrático liberal y un cierto grado de dispersión del control económico. Hubo quienes plantearon que era un prerequisite, para mantener el juego democrático, que el Estado no controlara los aspectos fundamentales de los mecanismos de reproducción económica. Creo que hay que hacer claridad sobre esto. La teoría política contemporánea entiende, por lo demás, que no existe ninguna relación necesaria entre democracia política e iniciativa privada y que, por la inversa, la tendencia en este momento es la de pensar que, si hay una relación de oposición, ésta consiste precisamente entre la democracia real y el hecho de permitir que el proceso económico se determine por las fuerzas denominadas libres. Hacer claridad sobre esto e incluir desde el comienzo la idea de que la reconstrucción social e incluso la moral - no sólo la reconstrucción económica de la sociedad chilena - después del fascismo, tiene que ser activada a través de un proceso rápido y relativamente masivo de transformación de propiedad privada en propiedad pública. Que no es un proceso de socialización necesariamente, en un sentido más profundo. Queda abierta la cuestión de cuáles van a ser las relaciones de producción y las relaciones sociales que van a desarrollarse a partir de esto. Pero la idea de nacionalizar la economía, tanto en el sentido de transformar los centros de decisión, de foráneos en nacionales, como en el sentido de transformarlos de privados, en públicos, en colectivos. Esto me parece importante de un proyecto postfascista y sobre lo cual seguramente habrá que proseguir la discusión con el Partido Demócrata Cristiano.

## MAXIMO LIRA

### Renovación de las concepciones sobre el cambio social

Se ha planteado aquí adecuadamente la importancia del diálogo para el proceso de establecimiento y profundización de las fuerzas antifascistas. Pero él es inseparable de la necesidad de asumir críticamente la experiencia pasada, por parte de la Unidad Popular y de la Democracia Cristiana. De esta confrontación de concepciones acerca de como cimentar la unidad de acción y la unidad de reflexión de las fuerzas antifascistas, emergen las condiciones para la renovación democrática de Chile. No es del caso referirse aquí al doble fracaso que la nación chilena ha experimentado desde 1964 a esta fecha. Pero vale la pena aludir brevemente a las grandes líneas de la experiencia pasada, bajo las condiciones del gobierno de la Democracia Cristiana y de la Unidad Popular para el solo efecto de construir un marco de referencia para el diálogo. Es sabido que la experiencia de la Democracia Cristiana constituyó un intento para responder a las exigencias del desarrollo socioeconómico del país, a través de la reforma y la modernización de las instituciones jurídicas y económicas fundamentales. Se conocen asimismo las insuficiencias y los límites que enfrentó dicho esfuerzo reformador y modernizador de la sociedad. Esos límites conciernen a la incapacidad para conformar una poderosa y organizada base social de apoyo popular, que pudiera impulsar el proceso de cambios. Esto en lo que respecta a la base social de apoyo. Pero también hubo en ese intento una incapacidad de carácter conceptual, que se expresaba en la tentativa de reformar la sociedad manteniendo la lógica interna del sistema; sin quebrar las determinaciones externas e internas de la dependencia imperialista. La experiencia de la Unidad Popular pretendió recoger las conclusiones del fracaso de la Democracia Cristiana, para lo cual su punto de partida consistió en rechazar la posibilidad de transformar significativamente las estructuras socioeconómicas del país, en la lógica del sistema de dependencia, a la vez que procuraba contar con una base social organizada y movilizadora; para proceder, así, no sólo ya a la reforma y a la modernización, sino a la transformación profunda de la formación social, y alterar, consecuentemente, las relaciones sociales y las relaciones de poder. En el transcurso del proceso de la Unidad Popular quedaron en evidencia, sin embargo, no sólo las posibilidades de este intento, sino también sus limitaciones. En definitiva, el intento revolucionario transformador de la Unidad Popular fue incapaz de lograr un consenso amplio, mayoritario en la base social del país y, por ende, no fue capaz de crear un marco de referencia coherente que hiciera posible la unidad del pueblo en profundidad y la implementación de las tareas transformadoras. Este fracaso de la Unidad Popular también es explicable en función de ciertas insuficiencias en el plano de la concepción del proceso. Ellas se centran, a mi entender, en la incapacidad de comprender suficientemente la dialéctica de la interrelación entre las transformaciones estructurales e institucionales básicas, la lucha política y las reacciones de las clases en el proceso de cambios. Creo que estuvo presente una cierta deformación mecanicista y economicista, que veía un relación de causa a efecto simple, casi lineal, entre las transformaciones socioeconómicas y la llamada superestructura política e ideológica de la sociedad. Creo que es necesario hacer el recuento de este doble fracaso para - señalando las insuficiencias en la reflexión de las fuerzas populares chilenas - ir avanzando hacia la superación de dichas deficiencias y acelerar, así, el proceso de convergencia y unidad de las fuerzas antifascistas. En este proceso hay que

introducir una cierta dosis de realismo, a partir de la experiencia histórica europea de la lucha contra el fascismo, su superación y la reconstrucción de la democracia. La experiencia europea muestra cuan irreal es la concepción de que la crisis del fascismo abre una perspectiva inmediata en la dirección del socialismo. Ello porque el régimen totalitario tiene efectos perceptibles en la organización de las fuerzas populares e introduce modificaciones en la estructura social, económica e ideológica. Este es un factor que pesa de manera determinante para imposibilitar un tránsito rápido entre el fascismo y el socialismo, cualesquiera que sean las concepciones que del socialismo se tengan. Desde otro punto de vista, también la experiencia histórica europea muestra la complejidad de la reconstrucción de la democracia y la enorme capacidad de las instituciones del capitalismo para sobrevivir, para transformarse y adecuarse a las nuevas condiciones; y lo que va unido a esto, para reabsorber, para neutralizar el impulso hacia la democracia. El problema es como articular la prudencia y la audacia. Es la audacia para cuestionar viejas concepciones acerca del contenido de la democracia y acerca del contenido del socialismo. Sólo a través de esta audaz renovación de nuestra concepción acerca del cambio social, de las imbricaciones entre el cambio socio-económico y el cambio político es que podremos evitar el fantasma de la regresión hacia el autoritarismo o el fascismo; habrir una perspectiva en el diálogo entre las fuerzas populares hacia formas superiores de convivencia social, hacia nuevas formas de democracia y nuevas formas de socialismo.

## ANIBAL PALMA

### Sobre las características del fascismo chileno

Quisiera destacar algunas características del régimen chileno respecto de otras dictaduras militares en América Latina. El asunto se vincula a algunos puntos suscitados por las intervenciones de Lelio Basso y Clodomiro Almeyda.

Si se analiza la historia de los distintos países de América Latina, con algunas excepciones entre las cuales se cuenta Chile, nos encontramos con una sucesión de golpes militares que se alternan con gobiernos civiles. Pero las dictaduras más recientes, en particular en la última década, tienen una diferencia fundamental con las intervenciones militares del pasado. En mayor o menor grado, desarrollan proyectos que les dan cierta permanencia, particularmente en lo que respecta al papel que se reservan para el futuro, en la modificación de los sistemas políticos imperantes en los respectivos países. No se trata ya de la intervención militar que supera una crisis política, llena un vacío del poder, los militares vuelven a los cuarteles y el sistema de juego de partidos democráticos y el sistema político mismo prosigue, más o menos igual, por un período prolongado, para dar paso a una nueva intervención militar. Ahora se trata de dictaduras que elaboran proyectos históricos para cambiar el sistema; el caso de Chile es muy representativo de esto. En el aspecto ideológico, se han planteado una posición muy clara; en el ámbito económico, no se trata ya tan sólo de combatir las tendencias revolucionarias que buscan la sustitución del régimen capitalista, sino también de combatir las tendencias reformistas, que pretenden atenuar los efectos de injusticia social que genera el sistema capitalista, puesto que se persigue la exacerbación de la explotación capitalista; en el campo sindical se declara superada y caduca la huelga, como instrumento de lucha de los trabajadores; en el terreno político declaran que la democracia representativa pluralista está en crisis, pertenece al pasado, y que lo moderno es buscar nuevas formas de expresión política, incompatibles con el pluralismo. Se trata de aniquilar el sistema tradicional y sustituirlo por otro. Y esto se expresa no solamente en lo interno, sino también en el plano internacional, porque sostienen que la democracia occidental - la civilización cristiana occidental - está en crisis por su debilidad frente al enemigo marxista-leninista. Se trata, pues, de un proyecto que trasciende las fronteras nacionales para impugnar el hecho mismo de la distensión. Todo esto sobre la base de una concepción de tipo mesiánico, con una pretensión de monopolio de la verdad, que se impondría con el tiempo, cualquiera que sean las críticas que hoy se le formulen. Pero en la medida en que enfrentamos a una dictadura militar fascista, que ha elaborado un proyecto distinto, ello nos conduce también a una problemática distinta, porque no se trata de sustituir una dictadura militar por un régimen civil, sino se trata de erradicar un sistema, un modelo, que ha avanzado en la destrucción del régimen tradicionalmente imperante en Chile y que ha tratado de modificar los diversos aspectos en que se expresaba la gestación de nuestra democracia, lo que habíamos conseguido crear. Y ello nos conduce en profundidad al problema de las alianzas.

### Unidad en la lucha antifascista y en la transición

Clodomiro Almeyda ha precisado, con exactitud, que la Unidad Popular no es una simple alianza electoral. Es el resultado de un proceso histórico en

que los distintos partidos que la componen, a través del análisis, de la experiencia, de la decantación ideológica, han llegado a la conclusión de que sus respectivas aspiraciones filosóficas, en el plano democrático, en lo institucional, en lo económico, en lo social, no pueden realizarse sino en una sociedad socialista y esto justifica el porqué, a pesar de la derrota, esta alianza permanece. No significa que no existan diferencias - las hay y muchas, - porque es una alianza de partidos que en el plano filosófico discrepan y en las aspiraciones programáticas, en las etapas, también suelen existir. Pero no es negativo que existan esas diferencias, como existen en la izquierda europea, como existen en el seno de los diversos Partidos Socialistas en Europa. También sucede ello entre nosotros, pero como aquí se ha dicho: es más lo que nos une que lo que nos divide. Lo que nos unió en el pasado, lo que nos une hoy y nos va a unir mañana. Es por ello que esta alianza es válida y útil, no sólo en la etapa de la lucha antifascista, sino que es válida y útil en la etapa postfascista. Pero no basta con esta alianza. Hay otros sectores democráticos en Chile que tenemos que considerar. Hablo de la Democracia Cristiana, en particular, que tiene un proyecto histórico diferente al nuestro. De manera que pensar que la alianza con la Democracia Cristiana tiene que hacerse en torno a un proyecto histórico nos conduce a un problema insoluble. A no ser que pretendamos que la Democracia Cristiana se sume a nuestro proyecto o nosotros al de ella. Pero hay un aspecto fundamental: la posibilidad de que la Unidad Popular reinicie el camino para la construcción de su proyecto y que la Democracia Cristiana tenga la posibilidad de desarrollar el suyo. La condición previa para esto es la erradicación del sistema fascista. Mientras tengamos fascismo en Chile, ni la izquierda ni la democracia cristiana tendrán posibilidades de llevar adelante sus proyectos históricos. Y ya que se trata de proyectos a largo plazo, la alianza no debe ser buscada en lo puntual del derribamiento de la dictadura fascista. Hay un proceso posterior que también va a requerir grados de acuerdo, porque tal ha sido la destrucción causada a Chile por el fascismo, tales los traumas - para usar la expresión utilizada por Max Diamant - con su secuela de muerte y persecución, a la vez que de demolición de nuestra economía, que será requerida una unidad amplia, en la etapa posterior, para reconstruir una democracia pluralista que permita superar la crisis. Si no lo logramos, no habría alternativa viable para nadie. En caso contrario, emergería el riesgo de la involución que aquí se ha evocado. Son muchos los campos en que se requiere colaboración: ¿Qué deberá hacerse en lo que respecta al Poder Judicial? ¿Cuál será la nueva institucionalidad? ¿Cómo superamos la destrucción económica? ¿Cómo reconstruimos la convivencia democrática? En todos estos planos, y en otros, se precisa de la alianza y el entendimiento. Esto no se limitará a la etapa inmediata de la lucha contra el fascismo, ni siquiera solamente a la etapa posterior inmediata a la caída del fascismo, sino a un proceso más o menos largo, que no significa necesariamente una acción de gobierno permanente. Habrá que buscar las fórmulas.

OTTO BOYE

#### Diálogo y modelos históricos en la reconstrucción democrática

No puedo dejar de intervenir, después de las diversas alusiones que se han hecho aquí a la Democracia Cristiana. Quisiera concentrarme especialmente en breve comentario a lo expuesto por Clodomiro Almeyda, cuyo análisis total me parece correcto y lúcido. No debo repetir aquí cosas dichas por él, pero sí quiero reconocer, también yo, el hecho macizo, trascendente desde el punto de vista del porvenir de Chile, de una Unidad Popular enriquecida en la derrota, en la lucha antifascista y en el diálogo sobre el futuro del país; ese es un logro, a mi juicio imposible de desconocer, un dato histórico. Pero aquí mismo se ha admitido que ello no basta y de ahí la presencia de la Democracia Cristiana. No basta porque la Democracia Cristiana es una fuerza significativa, que en la nueva coyuntura histórica tiene y debe hacer un aporte para la caída del fascismo y para la construcción del porvenir. Pero aquí se produce otro hecho substancial, porque cuando se trata de lograr convergencias y unidad lo que importa es la realidad y no la apariencia. Por diversas razones históricas, que merecen un análisis en profundidad, que pesan mucho - aunque cada día menos, creo yo - ésta no es tarea para impacientes. La Democracia Cristiana no conoció un bautizo de fuego que la reuniera. Creo que el día 10 septiembre de 1973 el rostro de la Unidad Popular era mucho más disperso que el de la Democracia Cristiana, como imagen. Pero al día siguiente, era exactamente lo contrario. La derrota de 1970 de la Democracia Cristiana la descarriló, la sacó de una evolución que ella concebía un poco como lineal. Seguía para adelante, tenía que seguir en el poder; tenía para treinta años, decían algunos. Yo creo que ahí había algo como un deseo que se había un poco internalizado en el conjunto del Partido. Y esta derrota la sumió en una crisis que el período de la Unidad Popular, por su desarrollo mismo y por muchas actitudes políticas de ésta hacia la Democracia Cristiana, contribuyó a agravar. Y así, el 11 de septiembre de 1973 creo que esta crisis llegó a su máxima culminación - que se expresa el día 12 y el día 13 - en que hombres casi de una misma generación, formados a veces hasta en los mismos colegios, con los mismos textos de estudio y las mismas lecturas y con una experiencia común, con una gran amistad incluso entre ellos, vieron un mismo hecho, exactamente un mismo hecho, de una manera exactamente contraria y opuesta. Esa es la culminación de la crisis. A mi juicio, sólo la profundidad de esta contrarrevolución permanente, como la ha llamado "Le Monde" acertadamente, que rige hoy en Chile, con su brutalidad y criminalidad, forzaron y de alguna manera crearon las condiciones de una resurrección de la Democracia Cristiana. Yo creo que en esta resurrección hay mucho camino por recorrer. A mí no me cabe duda que el consenso mínimo de que se ha hablado aquí ya incluye a la Democracia Cristiana. También estoy convencido (aunque no creo que sea eso lo que la frena para dar pasos mayores) que la falta de respuestas completas a algunas interrogantes de lo que hay que hacer para la construcción del porvenir contribuye a esta actitud, si ustedes quieren, tímida e insuficiente de la Democracia Cristiana. Todo esto es, por cierto, un análisis personal, pero pienso que la gran tarea de los cristianos - por lo menos de los cristianos que trabajan por el porvenir - es conciliar o hacer compatibles valores cristianos con estructuras socialistas. Yo creo que la Iglesia chilena particularmente, puede ayudar mucho en esta materia; y creo que lo va a hacer en el futuro, si retoma la línea de reflexión que tuvo, ya durante el período de la Unidad Popular y desde antes, y que está

suspendida porque estamos viviendo el gran paréntesis de la contrarrevolución permanente, pero que una vez planteados de nuevo estos problemas serán de nuevo abordados. Yo creo que no hay, en grandes sectores de la Democracia Cristiana, miedo alguno a la palabra socialismo. Incluso esa palabra ha estado en algunos de sus acuerdos oficiales. El problema reside en el contenido. Es lo que se llama en Alemania el "socialismo realmente existente", el socialismo histórico o algunas de sus formas, lo que produce temor, muchas veces hasta la palabra. Yo creo que en ese punto, el aporte de las reflexiones que hace la Unidad Popular, en cuanto profundiza y define mucho más el alcance de estos conceptos, son de gran trascendencia. ¿Por qué no sería posible, si se avanza en esas precisiones, que pudiéramos hacer posible el buen deseo de Ariel Dorfman, que como deseo yo también comparto? Por otra parte, creo que los modelos históricos, a los que aludió Palma, tampoco son estáticos. Los modelos históricos también tienen un cierto dinamismo, fundado en la evolución histórica de la humanidad que cambia una serie de correlaciones y también en el diálogo. Si llegamos a crecentar el diálogo entre estas fuerzas históricas, que se separaron demasiado, si se las considera a la luz de las necesidades grandes del pueblo chileno, no hay duda que podría llegarse a hacer realidad este buen deseo, o milagro, como parecería hoy. Repito que es una tarea larga y difícil. Son estas consideraciones las que me hacen mirar la evolución histórica, diseñada aquí, con cierto optimismo. Viendo las cosas, por lo menos desde esa perspectiva, los golpes que ha sufrido la Democracia Cristiana no son tan diferentes, en su significado político, a los sufridos por la Unidad Popular. De ahí que en el documento de mi partido, aprobado el año pasado, "Una Patria para Todos", se decía que los chilenos estamos unidos en el sufrimiento, en el fracaso y también en la esperanza. Salvo muy pocos, todos estamos buscando libertad, paz, seguridad, justicia. Se impone, pues, como en las grandes ocasiones de la historia, un reagrupamiento del pueblo chileno. Su tarea será establecer el buen uso de las libertades y la convivencia en nuestra tierra. Pensar en ese reagrupamiento no es una utopía, sino que lo impone la realidad para desterrar el enfrentamiento indefinido de unos contra otros.